

Leonardo Sciascia
EL TEATRO
DE LA MEMORIA



La mañana del 10 de marzo de 1926, un hombre que afirma padecer amnesia es arrestado por robar en un cementerio de Turín. Tras ser declarado un peligro para sí mismo y para los demás, lo ingresan en el manicomio turinés de Collegno. Al poco, en *La Domenica del Corriere* se publica una foto del desmemoriado bajo el titular «¿Quién lo conoce?». Esposa y allegados no tardarán en identificarlo: es Giulio Canella, profesor universitario desaparecido en la guerra. Sin embargo, pruebas irrefutables, entre ellas las huellas dactilares, lo identifican como Mario Bruneri, tipógrafo turinés perseguido por robo y estafa. ¿Quién es en realidad? ¿Acaso finge amnesia para evitar la cárcel? ¿Hasta dónde están dispuestos a llegar sus familiares en la batalla legal que se desata? Sciascia ofrece una lúcida reflexión sobre la identidad al tiempo que reconstruye con agudeza los hechos verídicos del juicio Bruneri-Canella, que, convertido en un «teatro de la memoria» y de los engaños del recuerdo, conmocionó a toda Italia.



Leonardo Sciascia

El teatro de la memoria

ePub r1.0

Sibelius 12.04.14

Título original: *Il teatro della memoria*
Leonardo Sciascia, 1981
Traducción: Juan Manuel Salmerón, 2009

Editor digital: Sibelius
ePub base r1.1



Por las memorias de Aspasia renunciaría
Sainte-Beuve a Kant y a Spinoza.

Julien Benda, *Belphégor*^[1]

«¡Ah, no, eso sí que no! ¡No porque me parezca! Yo, yo misma, he dicho a todos que no, que mi parecido, ese parecido por el que habéis creído reconocerme, no es ninguna prueba. Eso pregunté: “¿Cómo puede una persona, pensadlo bien, una persona que ha vivido la guerra, seguir siendo la misma al cabo de diez años?”. ¡Al revés! Sería la prueba de que yo no soy yo..., de que no puedo ser yo. Sólo cuando creemos, o cuando nos conviene creer, no vemos, o no queremos ver, algo tan evidente: que ser la misma demuestra más bien lo contrario, y por eso Cia podría ser, ¿por qué no?, esta desgraciada, precisamente porque ya no se parecen... Y es que quiero, sí, que todo el mundo dude de mí, como él, para tener al menos la satisfacción de ser la única que cree en mí... No la habéis reconocido... ¿Acaso porque es irreconocible?, ¿porque no veis el parecido?, ¿porque no os han dado pruebas suficientes? ¡No, no! Es porque aún no os lo creéis, sólo por eso. ¡A cuántos desgraciados que regresan al cabo de los años, cambiados, irreconocibles, casi sin memoria, no se habrán disputado hermanas, mujeres, madres, madres sobre todo! “¡Es mío!” “¡No, mío!” Y no porque vieran el parecido, no, sino porque así lo habían creído, porque así habían querido creerlo... Y de nada sirven pruebas en contra cuando se quiere creer...»

Turín, otoño de 1979, *Como tú me quieres* de Pirandello, con dirección de Susan Sontag. Con Susan Sontag hablé largo y tendido hace tres meses, en un restaurante de Roma, sobre este drama de Pirandello, que yo había leído y, de algún modo, había redescubierto

la noche anterior; sin embargo, en ningún momento se me ocurrió preguntarme cómo nació la obra, qué suceso real, qué *affaire* inspiró a su autor. En Turín, digo, oyendo hablar a la Ignota por boca de la actriz Adriana Asti, me acude de pronto a la memoria, y como si se desplegasen en imágenes, el caso que tuvo en esta ciudad su estreno judicial, su primer teatro. *Constat igitur artificiosa memoria ex locis et imaginibus*.^[2] pero en este caso podría decirse que la memoria artificial —la obra teatral— ha encontrado el lugar de la memoria real —Turín—, o bien que el lugar de la memoria real —el teatro, el teatro de Pirandello— ha encontrado el lugar y las imágenes de una memoria ahora convertida en artificial —el juzgado de Turín, otoño (¡otoño!) de 1928—. Cuando leí la obra en Roma, las imágenes que me acudían a la mente eran las de la película de Fitzmaurice, la cual, aunque desvirtuaba y frivolizaba la idea pirandelliana, era inolvidable gracias al rostro marmóreo, pulido, indescifrable —la auténtica Ignota de Pirandello, *malgré* Fitzmaurice — de Greta Garbo (a la película se asociaron un perfume creado por aquellos años y una cancioncilla que estaba muy de moda: ambas cosas muy de mujer, y en las que, al contrario de la comedia, el «como tú me quieres» resultaba feministamente muy poco prometedor). En Turín, en cambio, me acuden, con el color sepia con el que aparecían entonces en la prensa, las imágenes del caso Bruneri-Canella.

La comedia de Pirandello la representó por primera vez en Milán la compañía de Marta Abba el 18 de febrero de 1930: un año antes de que el tribunal de casación pronunciase sentencia definitiva sobre dicho caso. Con eso, y más eficacia que los abogados Francesco Cernelutti y Roberto Farinacci (competentísimo el primero, muy temible el segundo, por ser figura de viso en el fascismo más intransigente), salía Pirandello en defensa de la señora Giulia Canella, la única persona en todo el *affaire* que de verdad merecía ser defendida, la única que creyó, la única que quiso creer, contra toda evidencia.

El 10 de marzo de 1926, a las diez menos diez de la mañana, el guardián del cementerio judío de Turín, Tommaso Cibrario, vio a un hombre «de aspecto miserable» que, con paso apresurado y furtivo, se dirigía a la salida. Como desde principios de mes llevaban desapareciendo de las tumbas jarrones de bronce, sospechó el guardián que aquel hombre se llevaba uno, sobre todo al ver que deformaba su triste figura un abultado vientre mal ceñido en un raído gabán. Le ordenó detenerse y se fue tras él; el otro echó a correr; Cibrario le dio alcance y lo detuvo; y, tal como suponía el guardián, del gabán salió el jarrón de bronce. «No me pierda, señor», le dijo el hombre en dialecto piamontés; mas el guardián lo entregó a los agentes municipales Giovanni Roncarolo y Mariano Bruno, que lo condujeron al cuartel. Allí le tomaron declaración, pero a las preguntas respondía el detenido con frases inconexas. Minutos antes, con el guardián del cementerio, al que pidió que no lo perdiera, parecía estar muy cuerdo y darse plena cuenta de cuánto lo perdería ser acusado de robo, robo y además sacrilegio; pero ahora miraba, gesticulaba, hablaba como un loco.

Los agentes lo trasladaron a la comisaría; el hombre se mostró aún más inquieto, agitado, violento. Trató de tirarse por las escaleras, empezó a darse coscorrónes contra la pared. Lo registraron y no le encontraron más que un papel escrito a máquina, fechado en Estambul el 10 de agosto de 1924 y con indicaciones sobre una posible penetración comercial en Turquía; un folio escrito a lápiz y lleno de críticas a la sociedad, las instituciones y el clero, y una postal de flores y sin dirección, en la que decía, con letra de niño: «Querido papaíto: te desea de corazón que pases un feliz día de tu santo tu Giuseppino que te quiere».

Indocumentado, sin recordar nada, tan perturbado que no se lo podía dejar solo, aquel hombre era para la policía de Turín un problema que resolver con urgencia, ya fuera un loco, un ladrón, o

un ladrón y un loco a la vez. Lo fotografiaron de frente y de perfil, le tomaron las huellas dactilares. Llegó entonces el doctor Biei, médico de la policía, y poco cuesta imaginar lo fácil que le resultaría, tras saber cómo se comportó el hombre y tras echarle un vistazo, diagnosticar «síntomas de alienación mental con propósito de suicidio», declararlo por eso «peligroso para sí mismo y para los demás» y disponer su inmediato internamiento provisional en una clínica mental. Y así a las dos de ese mismo día ingresaba el desconocido en el manicomio de Collegno.

De su paso por la comisaría quedaron dos huellas, dos expedientes distintos: uno catalogado con el número 9.175 y el rótulo «Caso de arresto de un hombre por robo en el cementerio judío», y otro con el número 20-126 y el rótulo «Caso de arresto de un hombre con desvaríos». La sentencia que más de dos años después resolvía sobre el caso del «desmemoriado de Collegno», para entonces ya mucho más complejo y bullendo de pasiones, decía: «Es natural que para el caso de un individuo primero arrestado por robo y luego ingresado en el manicomio se abrieran dos expedientes, uno en la policía judicial y otro en la policía administrativa»; a nosotros, sin embargo, no nos parece tan natural —tan lógico—, aun reconociendo que la burocracia tiene sus propios e inescrutables designios. Pues quien, por curiosidad histórica, se informe sobre la actividad de la comisaría de Turín en la jornada del 10 de marzo de 1926, descubrirá un hecho objetivo: ese día pasaron por allí no una, sino dos personas sin identificar, una acusada de robo; la otra, víctima de un ataque de locura. Natural sí puede decirse que fue por lo que ocurrió después, entiéndase, por lo absurdo y fantástico. Sin embargo, fueran algo normal o un error en el sistema de memorización burocrática, aquellos dos expedientes ponían el caso bajo el signo de la ambivalencia, el desdoblamiento, la duplicidad, y lo destinaban al escritor que había de darle nombre y forma, y que en aquellos años, en aquella misma época, había inventado casos parecidos o muy parecidos (inventar: «afán de

innovación y perfeccionamiento que hay en el hallar, llevado al máximo y con la capacidad de crear...»); casos pirandellianos. Porque pirandelliano, digno de Pirandello, resulta el que se llamó caso del «desmemoriado de Collegno» (expresión que sobrevive en el habla de los italianos y se aplica, sin mayor conocimiento de su origen y en broma, a personas distraídas u olvidadizas).

En Collegno, los médicos diagnosticaron «trastorno mental depresivo» y así lo comunicaron a las autoridades judiciales, las cuales, obrando en consecuencia, resolvieron que el internamiento del desconocido pasara de provisional a definitivo. Con todo, la decisión definitiva —la de si recluirlo en la cárcel o en el manicomio— le correspondía tomarla al juez instructor, que lo hizo el 27 de mayo. El desmemoriado fue declarado irresponsable del robo en el cementerio judío y recluido en el manicomio de Collegno para su tratamiento hasta que recobrara la razón y la memoria. Le asignaron un número, el 44.170, y hasta el 2 de marzo de 1927 así se llamó.

En el manicomio vivió el desconocido durante casi un año como si estuviera en la gloria. Física y psíquicamente mejoraba «a ojos vistas», como dicen los médicos. Recuperó el juicio en las cosas cotidianas, supo adaptarse a aquella vida y se relacionó con los demás internos y con el personal médico; pero no recuperaba la memoria.

Que se hubiera adaptado tan bien al lugar, verlo tan a gusto y tan tranquilo, pronto empezó a preocupar a los administradores del manicomio. Temían que se les quedara allí toda la vida, y su vida, dado lo sano que se encontraba, podía ser larga. Mantenerlo resultaba costoso y había que librarse de él. ¿Qué se le ocurrió al doctor Ferrio? Le sacó una foto y la envió al, por entonces, más difundido suplemento semanal de Italia, *La Domenica del Corriere* (del *Corriere della Sera*).

La foto del desconocido apareció el 6 de febrero de 1927 en una sección del suplemento titulada «¿Quién lo ha visto?» (en la misma en la que once años después se publicó la desaparición del físico

Majorana), aunque esta vez la pregunta era «¿Quién lo conoce?», e iba acompañada de una descripción y varios datos: «Internado en el manicomio de Turín (Casa Collegno) el día 10 de marzo de 1926. No recuerda su nombre ni de dónde es ni a qué se dedica. Habla correctamente italiano. Es persona culta y distinguida, de unos cuarenta y cinco años».

Muchos creyeron reconocerlo, pues entonces circulaban abundantísimos datos sobre desaparecidos en la primera guerra mundial y no eran raros los casos de los que regresaban tras mucho tiempo (a pesar de que éstos, más bien, se habían desmemoriado felizmente en los brazos de alguna mujer). Entre las muchas personas que escribieron al manicomio pidiendo más información o fueron en persona a ver al desmemoriado se contaba el profesor Renzo Canella, que acudió desde Verona con la esperanza de reencontrar a su hermano el profesor Giulio, dado por desaparecido (ya que ninguno de los pocos supervivientes lo había visto caer) en la batalla de Nitzopole —cerca de Monastir, en Macedonia— del 25 de diciembre de 1916.

Un lunar bajo el bigote y una cicatriz en el talón eran las pruebas que le habrían dado la certeza al profesor Renzo Canella, que le habrían hecho reconocerlo sin dudar: pero el desmemoriado no tenía ni lo uno ni la otra. No obstante, estuvieron conversando largamente: hablando mucho del hermano desaparecido, de su carácter, de sus estudios, de la familia —la mujer y dos hijos—, que todavía sin darse por vencida esperaba el retorno del desaparecido.

Al abandonar el manicomio de Collegno, la declaración de Renzo Canella fue clara: no había reconocido en el desmemoriado a su hermano Giulio. Pero en el viaje de vuelta, rememorando frases y gestos del desconocido, y con la sugestión del gran parecido físico, su certeza comenzó a vacilar. Llegado a Verona, hizo al comisario una declaración menos firme: la de no poder afirmar que el desconocido fuese su hermano Giulio. Y tal vez no habría salido de esa indecisión de no haber recibido del desmemoriado una carta

que quería ser conmovida y conmovedora y que hoy leemos con cierto fastidio:

¡Adiós, alma bella, que partiste de Padua movido de amor fraternal! ¡Adiós, gran corazón, que viniste con deseo de abrazar al ser querido ausente!... Pasado el paréntesis de este día, quizá nunca más volvamos a vernos, ay.

Dios no ha querido iluminarme... Ante sus inescrutables designios me inclino cristianamente... ¡Qué gozo ha sido para mí sentir tu mirada benévola y cariñosa, ávida de penetrar y ahondar en mi alma: lástima que no volviera a mi mente el recuerdo de las cosas y los seres queridos!...

¡Ah, qué caso psicológico, patológico, es éste para la ciencia, para el psicólogo!

¿Y si esa «voz» de la sangre que no ha hablado desde el fondo de mi ser sólo estuviera dormida y no apagada? ¿Y si la «voz» de mi niñez, de mi adolescencia, de mi juventud, de mis parientes, amigos, lugares, etcétera, estuviera apagada, sí, mas no por falta de afectuoso calor, sino por un grave trauma que sufrí en algún momento de mi vida?

Y siguen lo que parecen fragmentos de un diario:

Lo que el señor Renzo me decía de su hermano, desaparecido en combate, concuerda a la perfección con ciertas cosas que yo he deducido pensando en lo que pudo ocurrirme hace años. Dice que a su hermano le gustaba la música, y a mí me encanta, aunque me resista a escucharla por miedo a echarme a llorar. Dice que su hermano creó un periódico, una revista, y a mí, no lo digo por presumir, me suena que hice algo parecido. Dice que su hermano estaba siempre trabajando, estudiando, y yo, la verdad, sin estudiar, sin trabajar, no podría vivir. Muchas veces me he preguntado si, aparte de que ya padeciera amnesia, no habré llevado mi sistema nervioso a la más alta tensión con algún esfuerzo intelectual. Dice el señor Renzo que su hermano era muy religioso, mucho, y yo buen cristiano también soy, apasionado de la religión, de la historia de la Iglesia (aunque tampoco tanto, porque admiro a Savonarola, a Sarpi, etcétera). Y que solía cruzar las manos sobre el pecho y pasarse la mano por la frente, como si quisiera borrar o traer ideas, y yo tengo esa misma costumbre. El vello del vientre de su hermano es como el mío, y tenemos el mismo color de piel, e iguales los dientes (sobre todo los de arriba), las manos, los dedos, los ojos, la mirada, el pelo, la calva, los labios, la barbilla, la voz, la estatura, los andares... Le gustaba la montaña, pero se cansaba pronto, y a mí me pasa exactamente lo mismo...

Y tras hacer este detallado inventario de rasgos comunes, volvía a dirigirse a él:

¡Adiós, señor Renzo! Hermanos o no, siempre me quedará el recuerdo de este grato día. ¡Qué alegre ha sido, por las esperanzas que me ha dado, por los elevados temas de que hemos conversado, porque me sentí menos solo en el mundo! ¡Solo! La simple palabra me hace estremecer. *Nihil prorsus abest, quin sim miserrimus* («Nada me falta para ser el más mísero de los hombres»).[3]

Pero seré fuerte, con la ayuda de Dios.

Adiós: que en su casa reine siempre la felicidad, yo se lo pediré al cielo todos los días.

Domingo, 20 de febrero de 1927

L'Inconnu

Esta carta, que a nosotros nos irrita porque se parece a aquella en la que los amigos de Aldo Moro declaraban no reconocerlo en las que éste escribió siendo prisionero de las Brigadas Rojas (y se trata de lo mismo, sólo que en sentido inverso: la del *inconnu* quiere favorecer un reconocimiento; la de los amigos de Moro, negarlo), esta carta, decimos, no podía sino dar mucho que pensar, crear una angustiosa incertidumbre y hacer desear —a la mujer, al hermano, a toda la familia— que se emprendieran nuevas y más concluyentes averiguaciones. Efecto, por cierto, que no había que ser muy listo para saber provocar, ni los ni los medios empleados para ello eran particularmente sutiles. Al contrario, la carta del desmemoriado es más bien ramplona y claramente engañosa: no hay más que leerla con cierto distanciamiento, con cierta frialdad, con cierto escepticismo, para darse cuenta. Se dirá que entre nosotros y ese documento media un largo y esmerado proceso y más de medio siglo; sin embargo, ¿no resultaría evidente también entonces que si el desmemoriado recordaba el latín, de igual modo debía recordar que las personas de un mismo nivel social y cultural no se traducen las citas en ese idioma? Y aunque no lo recordara, un reflejo de la

memoria, un remoto condicionamiento, sí tendría que haberle impedido caer en el fácil alarde de traducir entre paréntesis. Otras faltas de tacto como ésta podríamos detectar sin dificultad, por ejemplo: el no querer parecer inmodesto o presuntuoso cuando lo está siendo, algo propio de los autodidactas, y en particular de los autodidactas que se dedican (o se dedicaban) a la tipografía. Pero los Canella no estaban en condiciones de analizar esta carta que tan a las claras manifiesta la personalidad del desmemoriado, la personalidad no olvidada y que por fuerza aflora pese a sus intentos por disimularla. La esperanza de los Canella había empezado a convertirse en fe. Lo único de lo que se preocuparon, la única medida que tomaron (aunque era quizás una astucia de esa fe en la que, como decimos, empezaba a convertirse la esperanza), fue pedir a personas que habían conocido bien al profesor y capitán Giulio Canella que fueran al manicomio de Collegno para ver si lo reconocían. El primero que lo hizo fue el mayor Cantalupi, compañero de Canella en el curso de oficiales, que vivía en el mismo Turín. Él sí reconoció en el desmemoriado a su compañero de estudios, aunque debía de llevar sin verlo más de veinte años, ya que Giulio Canella nació en 1882 y el curso de oficiales no pudo hacerlo más tarde de 1905.

Cuatro días después se presentaron en Collegno tres amigos veroneses del profesor Canella, el profesor Meneghetti, el diputado Guarienti y el conde Debesi. Conversaron largo rato con el desmemoriado, el cual se mostró particularmente atento e interesado con el diputado Guarienti, cuya cara decía sonarle aunque no acababa de recordar de qué. Normal, Guarienti era diputado y seguro que habría visto fotos suyas en la prensa.

A fin de despertar los recuerdos del desmemoriado le mostraron unas fotografías. Dos de ellas sobre todo llamaron su atención: la de un apuesto y anciano señor, y la de una guapa mujer con dos niños en brazos y una tierna sonrisa. Se quedó observando la primera y en voz baja y con acento conmovido dijo: «No lo recuerdo, pero

siento una emoción inmensa. Estoy sin palabras, y es desesperante. Si pudiera decir lo que el corazón, ya que no la mente, me dice, exclamaría: “¡Es mi padre!”». Era la foto del padre de Giulio Canella. De la segunda nada dijo; se quedó mirándola largo rato, «con amoroso deleite», relata el cronista. Era la foto de la señora Giulia Canella con sus hijos.

Aunque un poco sí les extrañaba que aquel hombre fuera de verdad su amigo, los tres visitantes quedaron muy impresionados. En realidad, las dos fotos eran como cartas marcadas para el tramposo; entre tantas otras de paisajes y grupos, la de un anciano tenía que ser la del padre, y la de una joven con dos niños, la de la esposa. Hay además otra cosa, que suponemos verdadera y luego se supo en el juicio: la foto de grupo llamada «cuatro con barba» — los tres hermanos Canella y el padre— se la había enseñado el *maresciallo* Colombo, de la policía de Verona, al desmemoriado el día anterior, y éste, señalando al más viejo de los cuatro, había dicho: «Y él será mi padre». Lo que no aseguraríamos tan verdadero es todo lo que policía y jueces alegaron después: a partir del 3 de marzo de 1927 el caso no fue sino un reñido pulso entre la familia Canella por un lado, y la policía y la magistratura por otro; y cuando los abogados de los primeros acusaban a la policía de falsificar papeles y a los jueces de consentirlo, es de suponer que la policía falsificó papeles y los jueces lo toleraron.

Impresionados, decimos, por la reacción del desmemoriado ante las fotos, los tres veroneses salieron de dudas y declararon que sí, que según ellos era el profesor Giulio Canella. Con mayor convicción aún lo afirmó al día siguiente el teniente Parisi, cuya «fértil inventiva», como diría la sentencia del tribunal de Turín, concibió la novelesca sospecha, que luego hicieron propia los abogados de Canella, según la cual en la comisaría de Turín podían haber confundido al desmemoriado con un delincuente.

El 27 de febrero fue el gran día. Todos los que habían reconocido al profesor Giulio Canella acudieron al manicomio de Collegno para asistir al careo entre el desmemoriado y la señora Canella, al careo oficial, legal, pues en su sentir y presentir ésta ya lo había reconocido. Más bien esperaban que fuera el desmemoriado quien la reconociera a ella, y eso fue, como no podía ser menos, lo que ocurrió.

La mujer se había peinado y quizá también vestido como en 1916, y todo se preparó al detalle. Se paseaba el desmemoriado por el patio del manicomio con aquellos que ya lo habían reconocido, cuando vio a Giulia Canella, al director del centro y a un desconocido (era el diputado Sacco) venirle al encuentro. Relata el cronista:

Se hallaban los dos grupos a unos pasos de distancia cuando el desmemoriado, que hasta ese momento había hablado con indiferencia de diversas cosas, reparó de pronto en la mujer que se acercaba lentamente. Se detuvo e hizo un vivo ademán con la mano, tratando de impedir que los demás avanzaran; en su rostro se dibujó una intensa emoción: parecía esperar que la mujer se precipitara hacia él.

A ella, sin embargo, los médicos le habían pedido que no se detuviera, que pasara de largo como si no lo reconociese: «El desmemoriado, como si de repente le faltaran las fuerzas, se dejó caer en una silla, se llevó las manos a la cara y rompió a sollozar como un niño». Ya no pudo seguir simulando la mujer, y juntando las manos —en las que llevaba un rosario— se arrodilló y dio gracias a Dios.

Quedó, pues, el desmemoriado sollozando con el rostro entre las manos, y no parecía ver ni oír nada de lo que a su alrededor ocurría. Cuando amablemente se llevaron a la señora Canella, el desmemoriado, dejando ver a los presentes un rostro de tristeza,

afligido se lamentó: «¡Qué dolor! No consigo reconocer a esa mujer, como no reconozco a ninguno de los que conocí de joven, aunque al verla he sentido una emoción que no sabría explicar. Pero si ella me hubiera reconocido, se habría parado, habría corrido hacia mí». Y, resignado, volvió con los demás al despacho del director, donde al poco, exclamando: «¡Giulio, Giulio mío!», irrumpió la señora Canella y se echó en sus prontamente abiertos brazos.

Ese mismo día —sentimientos que tiene a veces la burocracia—, el número 44.170 del manicomio de Collegno pasó a ser el profesor Giulio Canella, y con ello a tener una esposa aún joven y atractiva, un hogar y una posición holgada.

Partieron Giulio y Giulia Canella para Desenzano del Garda, adonde habían ido de viaje de novios y donde probablemente la esposa quería empezar su misión de devolver al desmemoriado el recuerdo de su pasado compartido, de su breve y feliz pasado juntos. *Constat igitur artificiosa memoria ex locis et imaginibus.* Memoria real para la esposa, memoria artificial para el desmemoriado. ¿O para ambos real? ¿O para ambos artificial? Grande e insondable es el misterio de la memoria.

Fueron días de una felicidad, diremos, desmemoriada: primero en Desenzano, en época de primavera, y luego en la villa de San Pietro in Gu. Entretanto, la policía, la magistratura y el manicomio volvían a tejer la trama burocrática que, debido a sentimientos tan intensos y novelescos, se había descosido un poco. El interno 44.170, aunque reconocido por familiares y amigos como el bueno y heroico profesor Giulio Canella, no podía ser puesto en libertad y confiado a la familia así sin más: primero debían informar al juez que hubiera dispuesto el internamiento y que, en su caso, y basándose en los certificados médicos, no lo juzgó responsable ni le impuso ninguna pena por el robo del cementerio judío; sólo este juez tenía potestad para dictar su salida del manicomio y su entrega a los

familiares que lo habían reconocido y lo reclamaban. Algo tan obvio (íbamos a decir *natural*) que nos sorprende que el director del manicomio, que tenía fichados a cuarenta y cuatro mil ciento setenta enfermos mentales, se saltara esta vez el procedimiento. Debió de embargarle la emoción del momento, y olvidar su deber, la ley. Emoción que, en efecto, irradiaba desde Collegno a toda Italia: tras diez años de paz, con el régimen fascista sólidamente en el poder y una prensa unánime en el consenso entusiasta, el caso del desmemoriado venía a romper el aburrimiento reinante, a despertar buenos sentimientos en todos y a hacer concebir esperanzas a las familias de desaparecidos de guerra, que eran muchas.

El desmemoriado, pues, debía por fuerza volver al manicomio, aunque sólo fuera por unas horas y para poner las cosas en regla. Y tal vez también los jueces y la policía se habrían dejado distraer de ello por la emoción general, si no hubieran recibido cierta información reservada —o un anónimo— afirmando que el interno número 44.170 del manicomio de Collegno era en realidad Mario Martino Bruneri, hijo de Carlo, turinés, tipógrafo, casado con Rosa Negro.

Al mismo tiempo que ése, otro anónimo informaba al diputado Guarienti de que la familia Canella, él mismo y el resto de amigos que habían reconocido al profesor Giulio eran víctimas del engaño de un impostor. La denuncia produjo inquietud, pero la fe de la señora Canella, ahora inquebrantable y triunfadora, mantuvo estrechas las filas de los amigos, incluso cuando el desmemoriado, por sentencia de los jueces de Turín, fue internado de nuevo.

Esto ocurría el 17 de marzo. La policía, mientras tanto, a raíz de aquella información confidencial, investigaba. Y buscando en archivos propios y judiciales descubrió la razón por la que un tal Mario Bruneri, detenido por robo en el cementerio judío, podía haberse fingido demente (e incluso hacerlo de forma premeditada, pues iba indocumentado): en enero de 1921 fue detenido con su amante Camilla Ghidini por robar ropa y condenado a quince días

de prisión condicional; en mayo de 1922, por estafar a un comerciante de Savona, fue condenado en rebeldía a dos años de cárcel; en octubre del mismo año, de nuevo por estafa, esta vez al impresor Sciolza, y aún en rebeldía, le cayeron dos años más. Es decir, que tenía pendientes con el Estado cuatro años y quince días de cárcel, a los que ahora se sumarían los que le echaran —no menos de dos— por el robo del cementerio. Se comprende, pues, que prefiriera ser internado por tiempo indefinido en un manicomio, donde con buen comportamiento tenía asegurado alimento, cobijo y cierta libertad.

Cuando la policía interrogó a Rosa Negro, la mujer de Mario Bruneri, ésta declaró: «Cuando vi en *La Domenica del Corriere* la foto del hombre que no recordaba su nombre ni su vida, reconocí a mi marido; pero no se lo dije a nadie, porque sabía que lo buscaban y preferí que siguiera en el manicomio en vez de que por mi culpa lo metieran en la cárcel. Y al leer que otra mujer afirmaba que era su marido, pensé que era una amante, que se hacía pasar por esposa para que lo soltaran, y me callé». Lo mismo aseguraron el hermano, las hermanas y la madre de Bruneri: todos reconocieron a éste en la foto del desmemoriado que la policía les enseñó ampliada y más nítida de como apareció en la revista. Al mismo tiempo, la policía científica cotejaba en Roma las huellas dactilares de Mario Bruneri con las que tomaron al desmemoriado el día del robo en el cementerio judío, y resultaron idénticas.

En estas circunstancias, el caso podía darse por resuelto; sin embargo, aún tenía la ley que enfrentarse a sus propias trampas, y no sólo por las ligeras negligencias que la policía, los jueces y el director de la prisión habían cometido. Sino también porque tenía que vérselas con una señora Canella segura de sí misma, indomable, decidida a defender su recuperada felicidad y, sobre todo, rica y con amigos influyentes. Dice un proverbio siciliano (ay, cuán nefasto) que el que es rico en amigos, es pobre en problemas, y la señora Canella, además de en amigos, era rica en dinero.

Es evidente que la familia Bruneri no tenía interés alguno en recuperar a su pariente, menos aún sabiendo que antes debía cumplir los años de cárcel que tenía pendientes. Que esa oveja negra de la familia se perdiera por ahí y, con otra identidad, siguiera viviendo su negra vida, no era cosa que preocupase mucho ni a su mujer ni a su madre ni a sus hermanos. Que estuviera bien, que viviera con impunidad, estafando y engañando, era para ellos, con tal de no tener que avergonzarse o molestarse, y dándolo por incorregible como lo daban, una solución íntimamente penosa pero la mejor socialmente. Por eso es muy posible que la primera en animar a Rosa Negro, señora de Bruneri, a reivindicar la identidad de su marido fuese la policía, ansiosa por capturar al prófugo e imponerle el merecido castigo por simular una locura que unos policías faltos de memoria y negligentes creyeron verdadera. La memoria de la policía y los carabineros era entonces prodigiosa: constituía una grave *défaillance* no haber advertido en la comisaría de Turín que el desconocido atrapado en flagrante delito de robo en el cementerio era el ya fichado y buscado Mario Bruneri. Tanto la intimaron y le insistieron la policía, los amigos, los vecinos, muchos italianos que se habían puesto de su parte y contra la impostora, aquella rica señora Canella, que poco a poco vino a despertarse en Rosa Negro, señora de Bruneri, el prurito de la posesión. Por ley — por lo que los representantes de la ley sostenían—, aquel hombre le pertenecía, y no por cambiar de nombre podía ser de otra legalmente; luego legalmente debía disputarlo hasta recuperarlo. Que esto supusiera al disputado una larga estancia en la cárcel a ella debía de traerle sin cuidado; es posible que hubiera acabado creyendo en la verdad de la amnesia, y que su marido, más que autor de engaños y simulaciones, era víctima de ellos. Para ella, Giulia Canella era la autora de la simulación, del engaño o, para ser más exactos, de la apropiación indebida, y lo era también para

jueces y policías, aunque legalmente no pudieran acusarla de nada. El juicio moral —que no podía trasladarse al ámbito legal— que familia, policía, magistrados y todos aquellos italianos que apoyaban a los Bruneri (los llamados «brunerianos», como «canellianos» eran los que apoyaban a la señora Canella, mayoría al principio, minoría después), el juicio moral, decimos, aunque de manera oficial nunca se pronunció, era el siguiente: la señora Canella debía de saber, y si no lo supo en el manicomio lo sabría en Desenzano, que aquel hombre no era su marido, pero aun así quería quedárselo. ¿No podía haber sufrido la señora Canella —insinuaban los abogados de los Bruneri y la acusación pública—, primero en los sentidos y luego en la conciencia, la influencia corruptora de Bruneri, el cual le hablaría no de san Agustín, santo Tomás o Guillermo de Ockham, como habría hecho el desaparecido profesor Giulio, sino de las memorias de Casanova y las novelas de Guido da Verona?

Obraba en el ánimo de la señora Bruneri, es probable que aumentando su despecho, el saber que la señora Canella no era una querida de su marido que se hubiera prestado al juego por sacarlo del manicomio, sino una mujer virtuosa, de mucha religión y buena familia, y rica; una mujer, en fin, a la que Mario Bruneri, siendo Giulio Canella, no abandonaría como había abandonado a tantas otras, y que tampoco lo abandonaría a él.

Y así Rosa Negro, secundada por todos los parientes del tipógrafo Bruneri, resolvió disputar a Giulia Canella la posesión de aquel que, por certificación médica no revocada, volvía a ser «el desmemoriado de Collegno» número 44.170, y se embarcó, no sabemos con qué medios, en un juicio largo y costoso.

Por petición del aristócrata Giovanni Mocenigo llegó Giordano Bruno a tierras vénetas en agosto de 1591 para que le enseñase «los secretos de la memoria». Pero los secretos de la memoria (entiéndase, de un *sistema de memoria*) no resultaron tan fáciles de

explicar, o por lo menos no de entender para el aristócrata Giovanni Mocenigo, que tal vez rabioso por no haber aprendido denunció a Bruno a la Inquisición.

En 1927, también en tierras vénetas, la señora Canella se dedicó a elaborar por escrito un *sistema de memoria* que la sentencia del tribunal de Turín describía así: «se trata de una especie de *memorandum* que le fue incautado al interno de Collegno el 1 de abril de 1927 y del cual el encausado pudo obtener excelentes argumentos para convencer a mentes poco exigentes de que en la memoria del amnésico seguían vivos algunos recuerdos fundamentales». Luego la señora Canella negó haberlo escrito, contra toda evidencia. Pero importa ahora comprender por qué este *sistema de memoria* concebido por la señora Canella para uso del que creía que era o quería que fuese su marido —y lo creía y quería— nos ha recordado, en *nuestro* sistema de memoria, el viaje de Giordano Bruno a Italia y su caída en manos de la Inquisición. Quizá porque el *memorandum* con «recuerdos fundamentales» escrito por la señora Canella debía servir para eso, para que el desmemoriado pudiera hacer frente a la inquisición de que sería objeto y se defendiera; o quizá porque, en estos tiempos nuestros, vemos configurarse una dualidad, un conflicto entre memoria e inquisición: hoy la inquisición —la Inquisición, la INQUISICIÓN— destruye la memoria, ya sea bajo la forma de la Inquisición propiamente dicha, o bajo la de un presente totalizador y totalitario que se nos hace —valga la redundancia— presente con tal abundancia y tan inagotable concatenación de bienes (de males) de uso y de consumo, y genera tal abundancia e inagotable concatenación de insatisfacciones, que no deja sitio a la memoria o procura socavarla allí donde sobrevive. Con todo, esta consideración, aunque en *nuestro* sistema de memoria nos la haya inspirado el caso Bruneri-Canella, no afecta en absoluto a los hechos, que más bien habría que explicarse con la paradójica expresión «memoria del amnésico» que leemos en la sentencia del tribunal de Turín. Pues esto es lo curioso, lo

paradójico del caso: que aun habiéndose demostrado por las huellas dactilares quién era el interno número 44.170, se diera curso a una investigación judicial basada en la «memoria del amnésico» y en los recuerdos que familiares, amigos y conocidos guardaban del profesor Canella y del tipógrafo Mario Bruneri. Y el manicomio de Collegno se convirtió en un *teatro de la memoria*: no al estilo de *messer* Giulio Camillo, Giordano Bruno o Robert Fludd, sino, claro está, de Pirandello.

Algunos poco informados, como lo éramos nosotros antes de adentrarnos en este caso de hace medio siglo, objetarán que entonces no tenían la certeza de que las huellas dactilares fueran un medio rápido y seguro de identificar a una persona, razón por la cual los juristas italianos se resistían a aceptarlas como prueba. Lo cierto, sin embargo, es lo contrario. En un manual de dactiloscopia —historia, métodos y jurisprudencia— publicado ese mismo año, 1927, por el editor Cappelli, leemos que Italia aún no disponía de registro dactiloscópico general, por lo que iba muy atrasada respecto a otros países, aunque ya en 1913 —en Libia y para libios— las huellas dactilares fueron consideradas prueba concluyente de identidad, como en todo el mundo. El autor del manual preconiza la adopción de la dactiloscopia en la administración civil y en la banca, ya que su utilidad no sólo se limita a casos criminales, y pone por ejemplo el de la sentencia de un tribunal de Nueva York que, en enero de 1923, admitía como prueba ciertas huellas dactilares, en concreto las del dedo gordo de Leonardo da Vinci. Resulta pertinente referir este caso para demostrar hasta qué punto los jueces consideraban la prueba dactilar válida. Una tal señora Hahn trató de vender al museo de Kansas City un cuadro atribuido a Leonardo; sin embargo, no logró cerrar el trato porque un anticuario de Nueva York negó su autenticidad. La mujer demandó al anticuario por cuatrocientos cincuenta mil dólares, aduciendo que en su cuadro había una huella de pulgar idéntica a las halladas en

cuadros de los que se había demostrado la autoría de Leonardo: el tribunal lo aceptó como prueba y falló a su favor.

Luego si se admitía como prueba una huella impresa en un cuadro hacía más de cuatrocientos años, cuánto más probatorias debían considerarse las huellas que tomaron al impresor Mario Bruneri en la cárcel de Turín en tres ocasiones: el 21 de enero y el 29 de julio de 1921 y el 14 de enero de 1922, y que eran, con absoluta seguridad, idénticas a las que tomaron el 10 de marzo de 1926 en la comisaría de Turín al desmemoriado, y el 10 de marzo de 1927 en el manicomio de Collegno al que decía ser Giulio Canella.

Pero como si fuera algo inoportuno o impertinente, que ponía fin al juego, que bajaba el telón de aquel ajetreteado *teatro de la memoria* que era el manicomio de Collegno y del que todos los italianos se habían vuelto ansiosos espectadores, ambas partes parecían haber acordado de manera tácita no hablar de huellas dactilares más que de pasada y sin darles importancia. O al menos ésa es la impresión que nos da hoy todo aquello, los debates, los alegatos de defensa y acusación, las sentencias. Para la acusación pública y los abogados de los Bruneri, la prueba dactiloscópica era una prueba entre muchas otras; para los abogados de Canella, una prueba inventada después; inventada con perversa y vengativa complicidad por jueces y policía, que hicieron que el incauto y desmemoriado Giulio Canella dejara en la cárcel de Turín las huellas que habían olvidado tomarle a Bruneri. Así lo sostenían los abogados de los Canella, sin fundamento alguno y sólo porque así lo creía el teniente Parisi, que, como queda dicho, dio rienda suelta a su fantasía al saber de aquellos dos expedientes con nombre distinto. Qué interés podían tener jueces y policías en sustituir las huellas es algo que quienes lo daban por seguro nunca explicaron sino aludiendo vagamente a una especie de conjura antipatriótica: como si el darle a aquel valeroso superviviente de la guerra que era el profesor Giulio Canella la identidad de un ladrón constituyera un ataque a la causa de los combatientes italianos. Y quizá para que esto estuviera siempre

presente aunque no se explicitara se llamó entre los abogados defensores de los Canella a Farinacci, patriota como ninguno y fascista a ultranza.

Pero volvamos a los hechos.

Tras regresar el desmemoriado al manicomio, llegó de Padua Alfredo Coppola, médico jefe del psiquiátrico de esa ciudad, a quien el tribunal de Turín había encargado someter al interno a un cuidadoso examen. Oleadas de reconocimientos y de desconocimientos se levantaban entretanto por toda Italia, tan impetuosas que nos arrollaban a diario. (Recuerdo con qué ansiedad esperábamos en casa el *Giornale di Sicilia*; lo primero que leíamos y de lo primero que hablábamos con los demás eran las noticias del «desmemoriado de Collegno», luego la entrega de la novela histórica de Luigi Natoli —¿qué otra cosa podía uno leer en un periódico italiano del año 1927, quinto de la era fascista?—; y recuerdo también que en esos «salones» que eran las barberías, en los corrillos, la gente apostaba por quién sería el desmemoriado. Con tanta nitidez lo recuerdo —cada vez más en la miopía de la memoria—, que a partir del caso del desmemoriado podría yo hoy fabricar lo que los tratadistas del arte de la memoria llaman «teatro», a saber, un sistema de lugares, de imágenes, de actos, de palabras, capaz de suscitar en la memoria otros lugares, otras imágenes, otros actos, otras palabras, en constante profusión y asociación. Esto es Proust, y una forma de «ocultismo» que no sospecharon los tratadistas del arte de la memoria.)

Los «reconocedores» se dividían en dos categorías que llamaremos acusación y defensa; formaban la primera los que afirmaban que el desmemoriado —que ya no lo era tanto gracias al «teatro de la memoria» que la señora Canella y sus amigos estaban fabricándole— era el tipógrafo Bruneri; componían la segunda los que sostenían que era el profesor Canella. Había una tercera

categoría, la de los «desconocedores», que admitían no reconocer al profesor Canella en el desmemoriado.

La primera en subir al estrado fue la familia Bruneri. En el careo entre ésta y el desmemoriado, el cual iba acompañado de dos personas que por edad, estatura y llevar barba se le parecían, la señora Rosa Negro lo señaló sin dudar y exclamó: «¡Lo reconozco! ¡Es mi marido!». «Señora, usted se engaña; yo soy el profesor Canella», contestó con frialdad el desmemoriado; tanto es así que Rosa Negro pasó a llamarle de usted y después señor: «Usted, señor, es mi marido» (añadió luego que le había hecho dudar un poco la voz, que encontró más grave que la de su marido). A continuación hicieron entrar al hijo del tipógrafo, Giuseppino, que corriendo a abrazar al desmemoriado exclamó: «Papá, ¿no me reconoces?», a lo que éste, frenándolo, contestó en tono solemne: «Hijo, ten fe; y así como yo he encontrado a mis dos hijos, así encontrarás tú a tu padre». La señora Canella, que estaba presente, temblaba de ansiedad y lloraba en silencio.

Le llegó luego el turno al tipógrafo Matteo Tibaldi, compañero de trabajo y amigo de Bruneri; lo reconoció y lo saludó alegremente: «Pero hombre, Mario, ¡aún con la comedia! ¡No te hagas tanto el loco!». Mas el desmemoriado, impasible, contestó: «Soy el profesor Canella».

Tras el tipógrafo entraron el hermano y las dos hermanas de Mario Bruneri. También lo reconocieron. Una de las hermanas se le acercó y se miraron a los ojos; algo debió de pasar en ese cruce de miradas, algo indecible, intenso, secreto, porque la mujer sólo dijo: «Es mi hermano, lo reconozco» y se desmayó. Cuando volvió en sí, halló delante a una señora Canella acongojada y llorosa, a la que dijo conmovida: «La compadezco, señora, por lo desgraciada que es; pero no se haga ilusiones, ese hombre no es su marido, es mi hermano». La señora Canella, sin embargo, estaba ya más allá de las ilusiones: para ella no eran ilusiones, sino hechos; no era esperanza, sino realidad. «Y no porque vieran el parecido, no, sino

porque así lo han creído, porque así han querido creerlo... Y de nada sirven pruebas en contra cuando se quiere creer...»

Día de derrota, tristísimo, fue éste para los «canellianos». No obstante, al siguiente día se presentó en Collegno el profesor Renzo Canella, que reconoció oficialmente en el desmemoriado a su hermano Giulio. La lucha volvía a estar igualada.

De uno de sus cuentos más famosos, «Funes el memorioso», dice Borges que es una «larga metáfora del insomnio». Y un cuento sobre el insomnio, ¿no sería una larga metáfora de la memoria? (Relatar una metáfora ya es alargarla demasiado, de todas formas, sea haciendo de la memoria un emblema del insomnio o viceversa.)

No debió de ser metáfora esta ecuación de memoria igual a insomnio para el 44.170, sino experiencia febril, hervoroso velar en el que se mezclaban, aprendidas y olvidadas, imágenes, palabras y fechas. Lo que por la mañana le quedaba de aquellos desvelos, de aquella ebullición de la mente, era algún que otro detalle o dato suelto. Sin embargo, estos detalles o datos sueltos, cuando oportunamente eran dados a conocer a personas que, por descuidadas o por prevenidas, estaban dispuestas a darles valor, pasaban, como suele decirse y es propio del ánimo humano, a ser el todo.

El profesor —como ya llamaban al desmemoriado— sabía además adoptar la actitud, expresión, voz y mirada más apropiadas a sus respuestas y a los «no recuerdo» en los que se encastillaba: cuando sabía qué responder daba la impresión de estar perdido, angustiado, bregando en el oscuro abismo de la memoria; cuando respondía correctamente, era como si le hubiera costado un esfuerzo sobrehumano. Y con los posibles «reconocedores» de los Canella se mostraba muy atento, pero frío, estirado y aun desdeñoso con los reales «reconocedores» de los Bruneri.

Al día siguiente a aquel nefasto en que los familiares de Bruneri lo reconocieron, digamos, de manera negativamente, el profesor escribió al procurador del rey de Turín pidiendo que se admitiera a careo a cuantas personas habían conocido a Giulio Canella y estuvieran dispuestas a desplazarse a Collegno. Fue cumplidamente atendido, a pesar de que los jueces conocían ya el resultado del cotejo dactiloscópico, que no fue, por cierto, comunicado de manera oficial.

A Collegno se desplazaron la condesa Scoffoli-Sarfatti, que fue compañera de estudios de Canella, y el capitán Pietro Gazzola, compañero de armas. Tras el careo, la condesa afirmó reconocer a Giulio Canella en el desmemoriado, por el perfil, la estatura, el modo de caminar y de llevar el sombrero; el capitán, que le habló de la batalla de Oslavia en la que ambos tomaron parte y que al preguntar de qué parte venía el ataque enemigo oyó que le contestaba —correctamente— «de la izquierda», aseguró que creía que era Giulio Canella «en un noventa y ocho por ciento». En qué consistía aquel dos por ciento de duda no lo dijo.

Días después acudió monseñor Manzini, que ya lo había reconocido como a su viejo amigo Canella durante la breve estancia del desmemoriado en Verona, y se reafirmó en el mismo sentido con toda formalidad. Y también, convocados por el tribunal, se presentaron los expertos que debían evaluar la cultura del desmemoriado. Cuando le preguntaron cuáles eran los filósofos cristianos más importantes, el profesor sonrió con suficiencia y contestó que san Agustín y santo Tomás, añadiendo correctamente el siglo al que pertenecían; pero lo pillaron cuando le preguntaron por Romolo Murri: de éste no sabía nada. Desconocemos —y mucho nos gustaría saber— cómo se las arregló con Guillermo de Ockham, sobre el cual el profesor Canella había escrito un libro que sin duda le dieron a leer; y seguro que la pregunta por la navaja de Ockham lo puso en no pequeño aprieto, que habría hecho temblar en su mano la navaja real si acostumbrara afeitarse. Seguro que de

la dichosa navaja de Ockham se acordó cuando, por orden del juez, un barbero lo afeitó con una, dejando al descubierto cierta cicatriz de Mario Bruneri que la franciscana barba del profesor ocultaba.

La prueba de cultura general, que sería algo así como esos concursos que vemos hoy en la tele, no resultó un absoluto desastre. Así resumía las conclusiones de aquella prueba y de otras que se hicieron la sentencia del tribunal de Turín: si por una parte el desmemoriado «desconocía por completo nociones de profundo arraigo en el espíritu del profesor Canella», tenía por otra «una serie de conocimientos que casi con toda seguridad ignoraba» Canella.

Y pormenorizaba:

El encausado —entendamos el desmemoriado— se sabe de memoria *Cyrano de Bergerac* en la versión italiana de Mario Giobbe, y cita fragmentos de la obra en casi todo lo que escribe. A Arturo Graf, literato y poeta delicado, pero cuya fama no ha trascendido las fronteras regionales, y que está en las antípodas del desaparecido por el desolado pesimismo que late en toda su obra y por el carácter claramente laico de su pensamiento, dedica el encausado un panegírico (encabezándolo con un retrato del poeta) en el que comenta y ensalza al escritor difunto, proclamando al final con modestia sentirse su hermano espiritual. A Nietzsche, ese exaltado filósofo que con los peores y más bajos instintos pregonaba teorías que niegan y denigran cuanto de elevado y noble han inculcado al ser humano las enseñanzas de Cristo, lo cita el encausado repetidas veces, con explícita adhesión a su pensamiento. Y no deja de llamar la atención el que estos dos escritores sean muy conocidos en Turín, más que en ninguna otra ciudad de Italia, el primero porque fue turinés de adopción y enseñó y vivió en Turín toda su vida, el segundo por haber habitado en la ciudad largo tiempo y haber enloquecido en ella, con el clamoroso episodio del que dio cuenta la prensa de la época. En cambio, nada sabía de ninguno de los prohombres que honraron con su ingenio la ciudad de Verona... Dice que Guido da Verona es hijo ilustre de la ciudad de Verona, cuando en realidad nació en Saliceto, provincia de Módena. Conoce bien todas sus obras, incluidas las que el escritor publicó después de la guerra: inexplicable fenómeno éste, que alguien que se supone erró durante años en la más absoluta miseria, mendigando el pan cotidiano, hallara medio de procurarse lecturas eróticas, tan alejadas de las inclinaciones y gustos de los vagabundos. De sumo interés —para las personas cultas, entiéndase, porque a los ignorantes ningún efecto les hará— sería saber cómo entró el encausado

en conocimiento de las teorías de Freud, que fuera del ámbito estrictamente médico no han tenido difusión sino en época reciente...

Aparte de la infundadísima opinión de que los vagabundos no tienen inclinación ni gusto por el género erótico, y si la identificación no se apoyara en otras circunstancias, este razonamiento sería muy inconsistente, de hecho para impugnarlo bastaría preguntarse: ¿no pudo el profesor Giulio Canella, por haber olvidado su pasado y haber salido de la experiencia bélica con otra visión del mundo, abrazar las teorías de Nietzsche y Freud y el pesimismo de Arturo Graf, gustar de los versos del *Cyrano* y de la imaginación erótica de Guido da Verona?

El 11 de marzo, la agencia de prensa Stefani —quizá por entonces la única y, en cualquier caso, la más acreditada de Italia— emitió un sucinto comunicado:

Ha circulado por los periódicos de la península la noticia de que un interno del manicomio de Collegno, presuntamente afectado de amnesia, ha sido identificado y reconocido como el profesor Giulio Canella, de Verona, dado por desaparecido en combate en la batalla contra los búlgaros librada en Monastir en 1916. Según las investigaciones dirigidas por el mismo jefe de policía de Turín, *commendator* Chiaravallotti, y por los comisarios Palma y Finucci, se trata en realidad de un conocido impostor, Mario Bruneri, tipógrafo, turinés, condenado varias veces por robo y declarado en rebeldía. La identificación, además de que la prueban datos científicos irrefutables, como el cotejo de las huellas dactilares, realizado directamente en la Escuela Superior de Policía, descansa en la verificación de rasgos y señas característicos. En la actualidad, el caso Bruneri está en manos de los jueces.

La identificación no «descansaba» en nada: iba y venía sin parar, con resultados opuestos y alternos, en el manicomio de Collegno; ni era una sola noticia la que circulaba por la península, sino raudales de ellas, dividiendo y exaltando los ánimos, dando pie a apuestas, enemistades y peleas. El propio comunicado, por lo sucinto y

terminante, así lo demostraba en realidad: el *affaire* alborotaba mucho a los italianos y empezaba a preocupar al régimen, por lo que, en su lenguaje, invitaba a la prensa a tratarlo con sordina y aun a pasarlo en silencio.

Aunque tampoco puede decirse que el régimen fascista mantuviera una actitud coherente durante todo el transcurso del caso. Más bien no mantuvo ninguna: dejó que el asunto siguiera ese curso lento, complicado, incierto y conflictivo, propio de la administración de justicia en este país nuestro que proclama ser cuna del derecho y es en verdad su tumba. Además, el caso no podía venir en mejor momento para distraer la atención pública del régimen, que se consolidaba con mano dura neutralizando o suprimiendo los últimos focos de oposición. Como periodista que era, y hombre que gobernaba Italia como si fuera una redacción, así debió de comprenderlo Mussolini, y las órdenes que le interesaba dar a los jueces, no todos de igual sensibilidad servil para con el régimen, irían en sentido muy distinto al de acelerar la resolución de un caso que apasionaba tanto a los italianos. Farinacci, por ejemplo, no habría defendido a la familia Canella si de arriba le hubieran mandado lo contrario. Que interviniera también el ministro de Justicia, Rocco, como parece apuntar el *commendator* Francesco Canella, padre de Giulia Canella, en una carta abierta al director de la Escuela de Policía Científica, Ugo Sorrentino, nada lo hace sospechar en el curso y desenlace del proceso. «Sabemos», escribe el *commendator* Canella, «de qué Rocca vino la consigna.» Y lo primero que deducimos es: de Rocca delle Caminate, lugar desde el que Mussolini pudo impartir la consigna, o en todo caso relacionado con él.^[4] Pero a continuación añade: «Lo que esperamos, lo que nos parece necesario para arreglar las cosas, es una orden del Duce. Sólo de él depende la solución verdadera, infalible, justa, humana del caso. Mientras el Duce no se decida, como suele decirse, a coger el toro por los cuernos, cuanto nosotros y los demás parientes y amigos hagamos será inútil...»; lo que significa que hasta ese

momento (es decir, 1938, siete años después de que se dictara sentencia firme sobre el caso, y a pesar de las súplicas y recursos que, con toda probabilidad, la familia Canella le dirigió en ese tiempo), Mussolini se había abstenido de toda intervención, y así lo creía el primo y suegro del desmemoriado (que no era ni primo ni suegro, según la sentencia), el cual para entonces ya gozaba de plena memoria. Luego lo de la Rocca no puede aludir sino a Rocco, el ministro de Justicia, cuya intervención, dicho sea de paso, tampoco habría sido de extrañar, visto cómo funcionaban entonces las instituciones.

El comunicado de la agencia Stefani provocó consternación, quizás incluso cierto pánico, en el campo canelliano. Dos de los primeros y más eminentes «reconocedores» —el diputado Guarienti y el profesor Meneghetti— se declararon convencidos por las pruebas científicas, admitieron su error y se retractaron, algo muy razonable visto hoy, pero que en el apasionamiento de aquellos días pareció como si se hubiera puesto de parte del más fuerte (la policía, la magistratura, la agencia Stefani), una traición. Esto dolió y entristeció mucho a la señora Canella que, sin embargo, siguió firme e inamovible en su certeza. Ni nuevos elementos, ni pruebas que demostrasen la identidad de Bruneri y el desmemoriado, ni retractaciones de amigos, nada parecía afectarla, nada hacía flaquear su voluntad. «Una esposa no abandona a su marido. El hombre al que reconocí en Collegno es mi marido y no voy a dejar de apoyarle.»

Contra tal determinación, en absoluto les servía ni a los jueces ni a la policía esforzarse por buscar el rastro de Bruneri, personas que lo hubieran conocido, señales físicas y lapsus de memoria en el hombre de Collegno que lo identificaran sin posibilidad de error. La vida de prófugo de Bruneri había sido exhumada y reconstruida con cuidado. No faltaba nada: «la figura moral de Mario Bruneri», como la llamaba la prensa, había pasado a ser del dominio público, y no parecía precisamente moral. Un tipógrafo, generoso amigo suyo, el

turinés Luigi Limoni, dio la información más fecunda de aquella batalla. Mario Bruneri —contó— era «una persona rara, pero honrada»; se ganaba bien la vida como tipógrafo jefe en una imprenta y comerciante al por menor de caracteres tipográficos y máquinas usadas. Se había separado de su mujer, aunque sólo lo lamentaba por su hijo, del que siempre hablaba con cariño.

Pero veamos cómo resume la sentencia del tribunal de Turín el resultado de la afanosa y exhaustiva investigación policial:

Según consta en autos, Mario Bruneri, que fue llamado a filas en 1915, se libró de prestar servicio en el frente exagerando una oportuna otitis, y tras pasar por varios hospitales fue declarado exento del servicio militar. A finales de 1918 es ingresado como obrero militarizado en el hospital militar de Turín con broncopulmonía y empiema, y es sometido a una costotomía en la región posterior izquierda del tórax. En enero de 1920 es detenido por amenazar a su amante Angela Becchio, y en julio del mismo año por dolo y estafa a Giulio Sciolza; en ambas ocasiones, como se ha mencionado, le toman las huellas dactilares al salir de la cárcel, el 21 de enero y el 29 de julio de 1920. En 1921 comete nueva estafa contra Agostino Gandolfo, y en el curso del mismo año se asocia con su amante Camilla Ghidini. Al año siguiente es detenido por estafar a Michele Quaglia, y el 14 de enero de 1922 le toman por tercera vez las huellas dactilares en la cárcel judicial. Ese mismo año, haciéndose pasar por Ettore Mighetti, comete una nueva estafa contra Rina Varesio, y al año siguiente, esta vez con la identidad de Enrico Mantaut, un primo suyo, contra el matrimonio Crescenzi, tras cuya denuncia Mantaut es injustamente arrestado y encarcelado hasta que se descubre el engaño. Las penas por los delitos contra Sciolza, Gandolfo, Crescenzi y Mantaut a las que lo condenaron en rebeldía están aún por cumplir.

Bruneri se traslada luego a Génova, donde, con el nombre falso de Giovanni Lapegna, se aloja con la ya mencionada Camilla Ghidini en distintos domicilios; se da a conocer, escribe artículos de crítica teatral y funda un periódico titulado *La Campana della Superba*. Intenta estafar a la familia Pelati, y de casa de los Albertazzi roba un par de pendientes y un bono del Estado por valor de quinientas liras. Bajo la identidad de Alfonso Mighetti, y de nuevo en compañía de Ghidini, a la que presenta como su legítima esposa, se presenta entonces en Milán, donde se acoge a la piadosa hospitalidad de un sacerdote, don Re, a quien el 3 de noviembre de ese año confiesa por escrito que se llama Mario Bruneri y pesa sobre él una orden de busca y captura. Lo

mismo le confiesa a la señora Angela Levi, de soltera Scarpa, rogándole que vaya a Turín y pida ayuda a su familia, lo cual hace ella sin resultado.

En enero de 1926 Bruneri y su amante se alojan en la pensión de Enrico Panfili, de la cual escapan clandestinamente llevándose consigo una manta. De regreso en Turín, se hospedan primero en el Albergue Nocturno bajo el nombre de matrimonio Mighetti, y luego, por la escasez de medios, se ven obligados a pernoctar en parques y jardines y a alimentarse con lo que obtienen de las limosnas que piden a diario en los conventos y de los pequeños robos sacrílegos que Bruneri comete en el cementerio. La desaparición de jarrones funerarios pone sobre aviso a los guardianes, lo que lleva a detener al autor de los hurtos a principios de marzo de 1926.

La reconstrucción de la vida de Bruneri bajo sus últimas identidades, hecha gracias al testimonio de su amante Camilla Ghidini, ha sido por completo confirmada hasta en los menores detalles por numerosos testigos no sólo de Turín, sino también de Genova y Milán... La rigurosa exactitud de las circunstancias por ellos referidas se ve además corroborada por una serie de hechos irrefutables. Incluso la ropa que vestía Bruneri nos lo prueba: cuando fue detenido llevaba un abrigo que le regaló don Re, y la chaqueta, que sigue en poder de las autoridades, tiene un remiendo que le cosió en Milán Ghidini delante de la señora Levi, la cual les dio el retal. Así reveló esta última la circunstancia, que hasta entonces todos ignoraban, y antes de ver la chaqueta describió de manera pormenorizada y con exactitud la forma y el color del remiendo. De la tela en cuestión aún conservaba la testigo un trozo, del cual se apresuraron a solicitarle una muestra dos representantes de la familia Canella, tras pasar el resto a disposición del juzgado local... Por último, y de capital importancia —pues echa por tierra todo el fingimiento de la amnesia y el trastorno mental del encausado— es que, como se ha demostrado, Bruneri logró ponerse en contacto con Ghidini desde el manicomio a finales de mayo de 1926 y mantuvo correspondencia con ella por medio, primero, de otro interno, Battista Vitrotti, que fue dado de alta el 16 del mismo mes, y, luego, a través de una tal Vittoria Tibaldi, esposa de otro paciente, un tal Francesio, aprovechando las visitas que ésta hacía a su marido. El relato de cómo Vitrotti localizó a Ghidini y le hizo llegar noticias de Bruneri (que ya le había revelado su verdadera identidad), y de cómo entregaba a él las cartas de la amante, no deja lugar a dudas...

Con la prueba de las huellas dactilares, asunto del que, como por *fair play*, se hablaba muy poco, y con las declaraciones de la señorita Ghidini, no cabía, en efecto, la menor duda: el interno número 44.170 del manicomio de Collegno no era otro que el

tipógrafo Mario Bruneri. Sin embargo, el pulso, sostenido por la inflexible voluntad de la señora Canella y de grandes abogados, había de prolongarse aún cuatro años más.

Camilla Ghidini —a quien en el sumario nunca se llamaba «señora», como a las demás mujeres, y a quien los abogados de los Canella califican de «perdida»— nunca habría declarado contra Bruneri si la policía, recorriendo la cadena de testigos de eslabón en eslabón, no la hubiera localizado y convenientemente intimidado. Tendría unos treinta y cinco años, era menuda y flaca, se la veía marcada por la pobreza y la adversidad. Servía en casa de una familia turinesa, aunque era probable que la hubieran despedido por su implicación en el caso y por esa definición de «perdida» que policías, abogados y jueces podían endilgarle con toda impunidad por no estar legalmente unida a Bruneri en santo matrimonio.

La mañana del 20 de marzo de 1927, cuentan los cronistas, esperaba el momento del careo sentada encogida en una silla, embozada en las solapas de un pobre gabán. Estaba, en efecto, «perdida», sólo que en el mar de la existencia, en el oscuro miedo a todo y a todos. Quizá lo único bueno de su arrastrada vida había sido conocer a aquel hombre al que ahora le pedían que reconociera como Mario Bruneri; un hombre al que había amado y seguía amando, que quizá la había amado, que quizá aún la amaba; y si lo único que él quería era escapar de la miseria aprovechando aquella ocasión que el azar le brindaba, ella, Camilla Ghidini —Milly, como la llamaba él—, comprendía, perdonaba y lo habría ayudado si la mano de la justicia no le hubiera sonsacado la verdad, presionándola, forzándola.

Cuando el desmemoriado entró, ella lo reconoció en el acto, e hizo al juez una seña de asentimiento. Tal vez esperaba que, al verla, el hombre se derrumbara y confesara la verdad; lo esperaba —lógica suposición— a la vez con temor y deseo: temor por los

años de cárcel que tras esa confesión tendría que cumplir (y que ella, desde fuera, se pasaría tratando desesperadamente de aliviarle, como ya había empezado a hacer en el manicomio con aquellas cinco liras enviadas por conducto de Vitrotti, fruto sin duda de privaciones y sacrificios), y deseo de ver que por amor a ella despreciaba el peligro. Pero no, él la miraba con frialdad, como si no la conociera, como preguntándose por qué lo traían a presencia de aquella pobre mujer, y ella creyó que de verdad había perdido la memoria. Le dirigió entonces unas palabras que, aunque repetidas hasta la saciedad en documentos y periódicos, sin vida, dejan ver la ilusión que se forjó: puesto que era cierto que su hombre no recordaba nada, tenía que devolverle la memoria, la memoria de su amor; aunque pocas, esas palabras vibran de ansiedad, de ternura:

—¿No te acuerdas de mí, de Milly? ¿No recuerdas que estábamos juntos?

—No.

—¿No recuerdas nada?

—No. Yo soy el profesor Giulio Canella.

Le contó lo que habían vivido juntos, empezando por el día en que él fue al cementerio a robar algo —para venderlo y poder comer— mientras ella esperaba en Corso Duca di Genova, donde debían encontrarse; como él no se presentó, al día siguiente fue ella al cementerio y preguntó al guardián si el día anterior habían detenido a alguien (el guardián ya había declarado sobre esta mujer, la cual le describió al hombre arrestado diciendo que era el marido de una amiga). En fin, Ghidini hizo un largo relato, pero cuando a ratos se interrumpía y, emocionada y afligida, preguntaba: «¿Te acuerdas?», el hombre, en tono frío y casi despectivo, siempre contestaba: «No, yo soy el profesor Giulio Canella».

Sin embargo, pronto intervendrían dos testigos, como diría Manzoni, «de alto coturno», que dijeron que no, que no era el profesor Canella.

Eran estos el conde de la Torre, director de *L'Osservatore Romano*, y el padre Agostino Gemelli, fundador y rector de la milanese Universidad Católica del Sagrado Corazón, que habían conocido bien al profesor Giulio Canella; y no reconocieron al amigo en la persona del desmemoriado. Así lo declaró tras el careo el padre Gemelli (que era profesor de psicología), y con tanta seguridad y desprecio de la parte contraria que luego, en la memoria impresa depositada en el tribunal (y el término técnico «memoria», exposición lógica y consecutiva de unos hechos, toma en este caso una connotación irónica, burlona), los abogados de los Canella le dedicaron dos largas páginas llenas de insultos. El conde de la Torre, aunque sin tanta vehemencia, no fue menos rotundo: «He venido de Roma con la esperanza de volver a ver al profesor Canella, y me vuelvo sin haberlo visto. He encontrado a un hombre que carece de muchos de los rasgos característicos de la personalidad intelectual de Canella, por ejemplo el orgullo. Tiene poca cultura, la de los autodidactas, la de los eruditos a la violeta». Qué entendía el conde por «orgullo» y en qué momento de su careo con el desmemoriado esperaba ver asomarse ese atributo, no lo sabemos; pero sí conocemos muchos de los detalles de la conversación. Por lo grotescos que resultan, merece la pena referir dos de ellos. El primero: el conde habla de una visita que él y el profesor Canella hicieron a la condesa Debesi y pregunta al desmemoriado qué hay al final del paseo llamado de la Alberata por donde se entra a la villa; «un río», responde el desmemoriado; y el conde: «una cárcel». Haría la pregunta el conde sin segunda intención, pero seguro que al desmemoriado le pareció maliciosa y de mal augurio. El segundo: el procurador del rey *commendator* Colonnetti, que acompañaba al conde de manera no oficial, en un momento dado terció en la conversación preguntando al desmemoriado si recordaba las diversas interpretaciones del verso

de Dante «Pape Satán, pape Satán aleppe»; pero al desmemoriado el verso le sonó como, con toda probabilidad —y sin querer ofender a quienes se empeñaban en interpretarlo, como por ejemplo en sus horas muertas el *commendator* Colonnetti—, quería Dante que sonara: abstruso, indescifrable. El *commendator* no insistió y le preguntó por Minos: «¿Recordará a Minos?». Sin embargo, ni a Minos ni aun a Cerbero recordaba el desmemoriado, y de Beatriz sólo supo decir que simbolizaba el amor.

Fue una de las muchas pruebas culturales a las que sometían al desmemoriado casi a diario, y en las que siempre fracasaba. Tampoco salió airoso de la prueba de música, que le hizo un experto nombrado por el tribunal: «El encausado no conoce las teclas del piano ni tiene noción alguna de notación musical, mientras que es sabido que el profesor Canella era un excelente pianista». En fin, ni uno solo de los exámenes realizados por orden del tribunal inclinaba a pensar que el desmemoriado fuera el profesor Canella: ni el cotejo dactiloscópico, como ya hemos dicho, ni la prueba musical, ni la caligráfica («la letra del desconocido no tiene nada en común con la del profesor Canella, y sí coincide punto por punto, salvo en algunas voluntarias alteraciones, con la de Mario Bruneri»), ni la somática («el profesor Canella medía 1,77, mientras que la estatura del desconocido es de 1,73, casi la misma que figura en la ficha policial de Mario Bruneri, 1,725»; tenía además una cicatriz en la espalda, que Canella no tenía y Bruneri sin duda sí, y la frente del desconocido era dos centímetros más estrecha que la del profesor Canella, calculado a partir de las fotografías de este último), ni la otológica («las lesiones del desconocido se corresponden exactamente con las del tipógrafo Mario Bruneri de las que se tiene constancia en los hospitales militares»), ni la psiquiátrica, que realizó el profesor Coppola, a quien la acusación colmó de elogios por su perspicacia y profesionalidad, y en la cual se tachaba al desmemoriado de vulgar y aun torpe impostor.

«Todo este ruido», como llamaba ella a exámenes, pruebas y testimonios contrarios, cesaba ante la señora Canella, que seguía firme en su certeza, triunfadora en su amor. «Sé», afirmaba, «que mi Giulio es mi Giulio: lo demás no importa.» Y declaraba al *Observer*: «Desde que lo vi no he dudado nunca ni jamás lo haré. Menos aún ahora que he vivido en intimidad con él, mi marido. Me lo dice su cuerpo, pero sobre todo su ser moral e intelectual. No desistiré y pienso luchar hasta ganar».

En qué consistían esas revelaciones de identidad que la señora tuvo en su vida íntima con el desconocido no lo supo el tribunal de Turín, ni lo hubiera tenido en cuenta de haberlo sabido. El 20 de septiembre de 1927, el procurador del rey notificaba al interno número 44.170 del manicomio de Collegno que había tres órdenes de busca y captura contra Mario Bruneri.

Los abogados de Canella protestaron sin dilación, afirmando que «el interno número 44.170 del manicomio de Collegno no era el ex tipógrafo turinés Mario Bruneri, sobre el que pesaban aquellos cargos», y solicitaron la admisión a careo de otros quince testigos que probarían que el interno 44.170 era el profesor Giulio Canella.

Uno de los quince testigos, y de los más voluntariosos, era el profesor Rigo, viejo amigo de Canella; tras una entrevista de casi tres horas con el desmemoriado hizo a la prensa las siguientes declaraciones:

Me ha impresionado mucho cuando hemos hablado del profesor Barbieri, que fue durante bastante tiempo director de las escuelas técnica y normal de Verona. Canella recuerda que Barbieri dejó Verona al poco de dimitir y murió algún tiempo después, y que era director de ambas escuelas y éstas estaban en el mismo edificio.

Le leí las actas de una junta de profesores, en las que se refería el acto de indisciplina de un alumno, y Canella afirmó: «Esas actas las redacté yo». Y es verdad. Luego le enseñé un impreso verde de las actas del consejo provincial de Verona, y él me ha añadido: «Eso lo imprime en Verona un impresor

gordo». Y también es cierto. Cuando le mencioné el sable de capitán que tenía a comienzos de la guerra, me hizo notar que entonces no era capitán, sino teniente. «¿Y dónde lo tienes?», le pregunto. «Está en lugar sagrado», me contesta. Y así es, lo había llevado a la iglesia para que se lo bendijeran. Quise hacerle recordar que también la había llevado al armero para que la acortara y bruñera, pero de esto ya no se acordaba.

Ni recordaba muchas otras cosas, sin embargo, por la impresión que me ha dado en conjunto, por los gestos, la voz, el modo de llevarse la mano a la frente, la expresión de los ojos, los mismos ojos, puedo decir que es el profesor Canella.

De idéntico tenor eran las declaraciones del resto de los testigos, a las que venían a sumarse las de todos aquellos ex militares que creían que el capitán Giulio Canella había sobrevivido a la batalla de Nitzopole. Entre estos últimos figuraba, favorito de los abogados de Canella y para confusión de los jueces, el paduano Natale Tosato, al que debemos la siguiente relación:

En 1917 estaba yo prisionero en el campo de concentración alemán de Meinburg. Un día me mandaron a limpiar a la sección de oficiales franceses. Allí un francés me dijo que el día anterior habían llegado unos oficiales de Macedonia, y que uno era italiano. Lo busqué y le pedí que me escribiera una postal para la familia. Él accedió amablemente, y al escribir la dirección se echó a llorar. Le pregunté quién era, pero no supo decirme su nombre. Yo supuse que debía de ser véneto, y oí a un oficial francés llamarlo «Canellà». Escribía largas cartas, que luego rompía llorando, porque no recordaba a qué dirección enviarlas. Tenía un porte digno y caminaba con las manos a la espalda. Era rubio, de pelo ondulado, con una barba rojiza cortada a cepillo, los ojos azul celeste, una cicatriz sobre el ojo derecho. Cuando vi las fotografías del desconocido de Collegno en los periódicos lo reconocí enseguida. Pasamos juntos dos meses, durante los cuales le fui asignado como asistente. Luego nos llevaron en tren a los Cárpatos, desde donde había que seguir a pie unos quince días hasta la frontera de Rusia con Turquía, camino de Estambul; pero a los cuatro días de marcha, durmiendo sobre sacos de tierra y con mi capitán desvariando al lado, caí enfermo y no pude continuar. Él prosiguió el viaje con los demás. Y ya no volví a tener noticias suyas.

Todo encajaba a la perfección..., incluso demasiado..., y lo decimos por ese «Canellà» que para el testigo Natale Tosato, y al contrario de los indios navajos, que dejaban siempre un punto imperfecto en lo que tejían para que el alma de la tejedora no quedara aprisionada, es el punto, por así decirlo, de la perfecta perfección... que deja su credibilidad aprisionada en la duda. El capitán no recordaba su nombre, pero podría haberlo sabido por los oficiales franceses que lo conocían.

En medio de la controvertida procesión de testigos (nunca, creemos, se vieron desfilar tantos en una causa judicial), la primera sala del tribunal de Turín fue llamada a deliberar «si Mario Bruneri, con antecedentes penales, podía considerarse definitivamente identificado en la persona del interno número 44.170 del manicomio de Collegno». Sin embargo, el tribunal decidió no decidir, declarando que aún no se había probado ninguna de las dos identidades.

Esta sentencia fue pronunciada el 28 de diciembre de 1927. Para los «canellianos» fue un gran éxito. El proverbio italiano que dice «cada cabeza es un tribunal» no obsta —sobre todo cuando nos da la razón— para que un tribunal sea un tribunal, es decir, un lugar donde varias cabezas emiten juicios incontrovertibles. E incontrovertible era en este caso la imposibilidad, en la que el tribunal creyó encontrarse, de establecer la identidad del desmemoriado.

Al día siguiente la señora Canella presentó una instancia al tribunal pidiendo que «el desconocido, que para ella era sin duda alguna su marido, regresara con ella». No obstante, la misma instancia cursó al poco Rosa Negro, afirmando con igual convicción que el desconocido era Mario Bruneri.

No pudiendo, como Salomón, convocar a las dos mujeres y proponerles partir por la mitad al desmemoriado —que bastante escindido estaba ya—, el tribunal resolvió, poco salomónicamente,

encomendar su asistencia y custodia al abogado Gino Zanetti, que a ello se había comprometido; sólo que también se había comprometido a entregarlo a la señora Canella, como hizo al salir del manicomio.

Con el desconocido, según el tribunal; con el ex tipógrafo Mario Bruneri, según la señora Negro; con su Giulio de siempre, según ella, partió la señora Canella para más amenos, tranquilos e inolvidables pagos, con lo que el desconocido pasó a ser llamado en los documentos judiciales «rebelde», igual que Mario Bruneri.

La vista oral tuvo lugar en el tribunal de Turín diez meses después, del 22 de octubre al 5 de noviembre de 1928. En el duelo oratorio, en el que los abogados no escatimaron ataques a la parte contraria ni se los escatimaron entre sí, los defensores de Bruneri encarecieron la inteligencia, el gran corazón, la integridad, la vasta cultura y el heroísmo del desaparecido (para ellos definitivamente desaparecido) profesor Canella, mientras que los abogados de Canella encarecieron las mismas prendas, aunque reflorcidas o refloriendo en el hombre que, de manera injusta, llevaba aún el número 44.170, cuando, según ellos, tenía ya derecho a llamarse de nuevo Giulio Canella.

En un alegato que la revista *L'Eloquenza* definió «de incisiva brevedad y claridad cristalina», el abogado Edoardo Dagasso (de la parte Bruneri) manifestó su estupor ante el hecho de que confundieran la figura vulgar del tipógrafo con el elegante, distinguido y aristocrático profesor Canella; se indignó de que creyeran posible que hubieran herido por detrás al capitán Canella («¡Ahorrarle al menos al héroe la herida en la espalda! ¡El profesor Canella la tendría en el pecho!»); lamentó que la señora Canella no hubiera tenido la satisfacción de oír al desmemoriado tocar al piano las caras y dulces melodías con las que en días lejanos el profesor Canella deleitó a familiares y amigos; se erigió en el verdadero

defensor de la familia Canella, del honor de la familia Canella, que a causa de la ilusión y el engaño de que era víctima una mujer iba a ser mancillado sin remedio, y tras dirigir a los abogados de Canella una pregunta que quería ser una bofetada pero resultó pirandelliana en el pirandelliano contexto, «¿Quiénes son ustedes?», concluyó así: «Ahora la verdad; clemencia ya pediremos luego».

La verdad —que no era ciertamente la de la señora Canella y los «canellianos»— fue formulada por el tribunal, en el tercer punto de la sentencia, en los siguientes términos:

El tribunal declara, a todos los efectos legales, que el encausado, ex interno del manicomio de Collegno con número de expediente 44.170, no es otro que Mario Bruneri, hijo del difunto Carlo Bruneri, y que, en consecuencia, a él corresponde el estado civil de que dan fe la partida de nacimiento y el certificado de matrimonio que constan en autos a nombre de dicha persona.

Como conclusión a los considerandos de la sentencia —extensos como suele serlo una novela policíaca y no menos interesantes—, el juez que los redactó, Giambattista Forneris, no deja de manifestar un juicio moral sobre la señora Canella y los «canellianos» (juicio moral que, es evidente, con gusto habría trocado en penal):

Entre las numerosas irregularidades que ha presentado este extraordinario caso, sin duda la más singular es, no ya el que un deplorable malentendido inicial pudiera dar pie, por la descarada iniquidad de un consumado delincuente, a una sustitución de persona tan trágica y grotesca, sino más bien el que la situación así creada, con sus abyectas y repugnantes consecuencias (y en violento e imperdonable contraste con la moral y las buenas costumbres), se haya defendido contra la Verdad y la Justicia con un empeño y una tenacidad del todo indecorosos.

Cuando el abogado Dagasso, después de ensañarse con el mistificador Bruneri, declara en su alegato que ya pedirán clemencia luego, no debemos creer que lo hace sólo porque al final recordara

que era el abogado de los Bruneri y no debía agravar la situación de su cliente, sino más bien porque sabía, como los jueces, los demás abogados y todos los italianos, cuáles eran las «abyectas y repugnantes consecuencias» a las que se refería el juez Forneris: la señora Canella iba a dar a luz a su tercer hijo.

Mientras el abogado Florian apelaba la sentencia, nació una niña. «Triste alumbramiento de una niña», anunciaron los titulares de los periódicos, y así lo sintieron hasta los más acérrimos «canellianos». El mismísimo padre de la señora Canella, que se hallaba en Sudamérica, reprobó el hecho, y en consecuencia el yerno envió una carta justificándose, en la que se advierte al lector de Casanova más que al exégeta de Guillermo de Ockham: «¿Podían nuestros corazones ponerse límites? Cuando las aguas bajan en espantable riada, ¿quién puede detenerlas?».

A efectos civiles, la niña sólo tenía madre; el padre podía legitimarla y darle su apellido, Bruneri, pero eso habría sido peor que dejarla con el nombre de familia de la madre, Canella. El caso, pues, de esta niña sin padre no podía menos de conmover a los italianos, entre ellos, a los jueces. En la sentencia emitida por el tribunal de apelación de Turín del 7 de agosto de 1929 se advierte el pesar de estos últimos por no poder fallar en favor de la niña:

Si por un lado el caso presenta una serie de elementos que demuestran la identidad del encausado y Bruneri, no menos evidente resulta, por otro, la lamentable equivocación que han sufrido aquellas personas que creyeron abrazar o ver de nuevo al profesor Canella [¡qué delicado eufemismo es esa palabra, «abrazar», y el hecho de distinguirla de «ver»!]. Porque negar que el encausado sea Mario Bruneri significaría rechazar todas las pruebas antes mencionadas, no dar valor a las huellas dactilares o suponer que fueron falsificadas las que figuran en los registros carcelarios, desechar por no concluyentes las coincidencias somáticas, admitir que los testigos que declararon sobre Bruneri, presentaron escritos, reconocieron prendas, aportaron datos..., se confabularon contra el interno afirmando cosas falsas y redactando escritos mendaces, y todo eso para que Bruneri pudiera vivir olvidado por todos y escapar al rigor de la ley...

En resumen: *non possumus*. Y el recurso fue desestimado. Sin embargo, la señora Canella no cejaba, y si bien el frente «canelliano» se había desgastado bastante, un nuevo grupo de partidarios, mucho más numeroso y que también ocasionaba cierto desgaste al «bruneriano», se había formado: los partidarios de regularizar la situación de aquella niña nacida del error, si es que error había cometido la señora Canella; de regularizarla como fuera necesario, haciendo excepción a la ley o caso omiso de ella.

Entretanto, rechazado por el tribunal de apelación de Turín, se interpuso un recurso ante el tribunal de casación, sobre otras bases, el cual, anulando la sentencia del de Turín, lo admitía a trámite y disponía que se revisara la causa en el tribunal de apelación de Florencia.

Apoyándose en las muchas pruebas reunidas por la policía que identificaban al desmemoriado con Mario Bruneri, la peritación del profesor Coppola se erguía cual firme torre contra los vientos de las peritaciones de los Canella, las cuales parecen en verdad harto frágiles y —por dar a una expresión figurada un sentido literal— como cogidas por los pelos... por los pelos del desmemoriado, que tenía unos pocos más que el profesor Giulio Canella. Hechas las más escrupulosas mediciones y no menos escrupulosamente calculadas las proporciones, la frente del desmemoriado resultaba ser dos centímetros más baja que la del profesor Canella: dos centímetros más de pelo, pues, a todo lo largo de la frente. Este detalle impresionaba a los profanos, que acostumbran creer que la frente despejada es señal de despejada inteligencia, creencia a la que no parece afectar el conocer a tantos idiotas de espaciosa y bien modelada frente. A los que en cambio no impresionaba nada, no ya lo exiguo de la frente, sino el hecho de que, con los años, ésta se hubiera reducido en lugar de ensancharse, como sería natural, era a los peritos de los abogados de los Canella: para ellos, lo natural y propio de los alienados es que a un hombre de unos cuarenta años le crezca pelo nada menos que en dos centímetros

de frente. Y no fue éste el único disparate que dieron en sostener los científicos a los que recurrieron los Canella en el curso de los juicios y sobre todo en espera del de Florencia. A la teoría de que la enajenación mental no sólo frena la caída del cabello y lo vuelve más tupido, como entonces proclamaban los anuncios de Quinina Migone, sino que hace que crezca en la frente, sucedió la de la *afasia de los políglotas*, con la que explicaron que el desmemoriado hablara sin asomo de dialecto véneto y en cambio se le notaran dejos del piamontés. Por último, el profesor Giuseppe Calligaris, docente de la Regia Universidad de Roma, presentó un informe cuyo fundamento (que no era para él improvisado y provisional, sino pura roca en la que cimentar una peritación) era el examen «metaneurológico» que seguía al neurológico y solemnemente lo completaba.

Acuñaba por cierto el profesor esta nueva palabra, «metaneurológica», explicando que se amparaba en la facultad para «acuñar nuevas palabras» que a todo el mundo otorga Horacio en su *Ars poética*, y aunque reconocía que era inexacta y hasta «evidentemente anticientífica», consideraba que se le podía dar carta de naturaleza en la república de la ciencia, como ya la había adquirido la palabra *metafísica*. Sobre cómo aplicar la nueva ciencia así denominada, no ahorra ejemplos... sacados todos de experimentos hechos en la persona del interno de Collegno.

Ya el neuropsiquiatra Mingazzini, que perito por cuenta de los Canella, había hablado de «estados crepusculares duraderos»; ahora el profesor Calligaris, elogiando la aguda intuición clínica del colega, habla *tout court* de «estado crepuscular» y explica: «En tal estado, el grado de conciencia disminuye (como se debilita la luz en el crepúsculo) y la mente del enfermo se puebla de imágenes pálidas y confusas». Está, pues, la conciencia, es decir, la memoria, como en tinieblas; y decimos «tinieblas» porque esta palabra, que alude a un fenómeno físico —a la falta o insuficiencia de luz que altera y confunde la realidad— tiene también un significado moral,

nos viene aquí bien, pues es en este último sentido como en realidad habría que entender lo que ocurría en la conciencia y en la mente del hombre de Collegno.

En esas «tinieblas», término que en este caso resulta mucho más científico que el «estado crepuscular» diagnosticado por los neuropsiquiatras y que evoca esa poesía daguerrotípica que precisamente por aquellos años iba declinando y a la que así llamó, «crepuscular», Giuseppe Antonio Borgese), en esas tinieblas, decimos, experimentaba el profesor Calligaris sus teorías, ofreciendo los resultados, como asegura en la memoria impresa de 1929, a la Ciencia y a la Justicia. Demos la palabra al profesor:

Cuando comprobé que la enfermedad de este pobre hombre se debía a una lesión cráneo-cerebral, empecé a estudiar cómo estimular las facultades mnemónicas del paciente para que de éstas surgiera algún elemento capaz de revelar su vida y personalidad. El azar me ha brindado la ocasión de probar por primera vez en la persona de este famoso desmemoriado ciertas investigaciones experimentales que he llevado a cabo en estos últimos tiempos y que ponen de manifiesto un fenómeno sorprendente (del que ya di parte a la Academia de Medicina de Roma en noviembre del corriente año), a saber: que estimular por determinados medios la línea axial del dedo índice de la mano, así como del segundo dedo del pie, tiene la excepcional capacidad de despertar la memoria y revivir los más remotos recuerdos.

Esa estimulación se llevaba a cabo con corriente farádica por medio de una aguja farádica que pasaba por la línea axial a lo largo del índice de la mano y del segundo dedo del pie. Un simple cosquilleo, creemos entender. Lo que inevitablemente nos trae a las mientes (¿cómo no va a despertarse nuestra memoria, en medio de esta plétora de recuerdos?) ese pasaje de las *Almas muertas* de Gogol en que la vieja patrona, que ha prestado asilo a Chíchikov, al darle las buenas noches le pregunta si quiere que le haga cosquillas en los pies antes de dormirse. «Mi difunto marido», dice, «no podía conciliar el sueño sin eso.» Chíchikov, persona grosera como es, rehúsa; pero nosotros, en vista de los experimentos del profesor

Calligaris, podemos decir que el difunto marido de la anciana señora sabía lo que hacía, y refinado que era. No había llegado a descubrir que el segundo dedo del pie, debidamente estimulado, inducía un dormir plácido y lleno de amenos sueños, pero ya se sabe que el todo incluye la parte. Porque, de hecho, el efecto que obraban los experimentos del profesor Calligaris rayaba en lo somnífero, y volvía grata memoria los sueños incluso del hombre de Collegno; uno de estos sueños que cuenta el profesor parece casi milagroso.

El 25 de marzo (de 1928) por la mañana, esta persona (el desmemoriado) me dijo que había tenido un sueño por la noche y me dio un papel en el que lo había anotado. Sépase que el día anterior había sido sometido a una sesión de descargas eléctricas en la línea axial del dedo índice, al objeto de hacerle recordar su niñez. Yo dejé la lectura para más tarde. Esa misma mañana, a las once, vino a verme una de las damas más distinguidas de Udine, ofreciéndose amablemente a contarme cosas del profesor Giulio Canella de hacía veinte años, para el caso de que el desconocido fuera realmente esa persona. Entre otros detalles, me dijo que Canella solía juntarse entonces con el profesor Bottazzo, que era ciego. Media hora después hablé de este particular a mi paciente, preguntándole de repente: «¿Recuerda al profesor Bottazzo?». Y él, después de dudar un poco maravillado, me respondió: «Era ciego, tocaba el órgano en la iglesia de San Antonio. El profesor Bottazzo... ¡con quien he soñado esta noche! ¿Es que no ha leído mi escrito?».

El profesor lo leyó: hablaba primero de un hombre ciego que tocaba el piano y luego de una misa cantada de don Lorenzo Perosi en la iglesia de San Antonio de Padua. La estimulación de la línea axial del dedo índice no sólo era capaz, pues, de traer a la memoria los recuerdos más lejanos, sino también de hacer ver por anticipado hechos aún por acontecer.

El 10 de marzo de 1931 daba inicio en Florencia el juicio de apelación. La parte Canella había presentado una memoria impresa de doscientas diez páginas; la parte Bruneri, otra de doscientas quince. Antes (1930) se había publicado el libro *En busca de mí*

mismo —autor: Giulio Canella, trescientas diez páginas—, escrito e impreso con evidente prisa, en el que se reconstruía con fidelidad el teatro de la memoria: de la memoria que habría sido del profesor, del capitán Canella, y de la cual un impostor astuto y rapaz se había apropiado. Que era apropiación indebida parece obvio sobre todo si consideramos la desproporción cuantitativa que existe entre los recuerdos de la guerra y los del resto de su vida, explicable por el hecho de que las cartas escritas desde el frente por Canella, las fotografías enviadas a la familia, la descripción de lugares y batallas de las crónicas de prensa y las evocaciones de la guerra que para despertar y refrescar la memoria del desmemoriado hacían de viva voz los supervivientes, constituían, para forjar el sistema mnemónico, el teatro de la memoria, material más abundante del que podían suministrar la señora Canella, el hermano Renzo o los amigos de infancia y juventud. Quien ha vivido una experiencia como la guerra está siempre e incansablemente dispuesto a recordar, a contar; en cambio, una vida que año tras año transcurre igual a sí misma, sin lances dramáticos, sin peligros, sin traumas, deja pocos y ocasionales recuerdos, aislados, intermitentes. Una tempestad en el mar no la olvida nadie y hasta un idiota sabe contarla; pero para hablar de la tempestad en una copa de champán hay que tener el talento de Proust.

Con los recuerdos, pues, de todos los que se habían constituido en sus compañeros de armas o de cautividad (aunque ni uno solo de los que lo conocieron en el frente lo reencontró luego siendo prisionero), más lo que el capitán Canella escribiera a la familia y las informaciones periodísticas sobre el frente búlgaro, el hombre que aspira a la identidad del desaparecido acierta a pergeñar un centenar de páginas con recuerdos de la guerra; pero a su niñez, su juventud, sus estudios, su contrariado amor por la prima, su matrimonio y su paternidad, no dedica más que diez páginas, y eso en la primera parte del libro, porque la segunda está enteramente consagrada a la memoria de otros, en particular a la de los que en

los juicios declararon haber conocido, entre 1920 y 1925 y en tierras vénetas, a cierto vagabundo que, aunque sin duda amnésico, a alguna que otra persona había dicho, o en confianza o por momentáneo recuerdo, que se llamaba Canella, y que era el vivo retrato del hombre de Collegno. El vagabundo, acerca del cual los testimonios parecían poder multiplicarse hasta el infinito, venía a colmar para los «canellianos» la laguna que existía entre la época del cautiverio en el campo de concentración de Macedonia y el momento del internamiento en el manicomio de Collegno, y respondía a uno de los principales interrogantes planteados por la acusación, a saber: cómo un hombre en tales condiciones mentales y sin medios de subsistencia había pasado diez años sin ser advertido ni convenientemente internado. Hoy a nadie se le ocurriría hacerse esta pregunta, por parecer absurda en un momento en que cientos de prófugos y miles de vagabundos se pasean con tranquilidad por toda Italia; pero la situación bajo el régimen fascista era muy distinta, y a aquel que había tenido que rendir cuentas ante la justicia, aunque fuera por una falta leve, ya nunca lo perdía de vista la policía, y nadie podía emigrar del campo a la ciudad, y la mendicidad era considerada poco menos que un delito.

En su *recherche*, preñado ya de recuerdos ajenos, el desmemoriado se había aferrado a la figura de este vagabundo, al que los testigos describían «vestido con míseras ropas pero de aspecto decente», algo «sufrido, extraño, educado», de «lenguaje y sentimientos elevados», de actitud «ensimismada»; se había, en suma, identificado con su personaje, y de manera coherente, retrospectiva, se aplicaba a desarrollarlo y enriquecerlo con todo cuanto los vagos recuerdos ajenos, las vagas coincidencias, las correspondencias casuales, las impresiones más o menos ilusorias de unos y otros, iban prestando a la historia. Es un poco como en el *Enrique IV* de Pirandello: «Serán tristes mis circunstancias, horribles los hechos, duras las luchas, dolorosas mis vivencias, pero son ya historia y ni cambiarán ni pueden cambiar, ¿entendéis? Han

quedado fijados para siempre. Aceptadlo, pues, y admiraréis cómo cada efecto sigue obedientemente a su causa, con una lógica perfecta, y cómo cada hecho acontece puntual y coherente en todos y cada uno de sus pormenores. ¡Es, en fin, el placer, el placer grandísimo de la historia!». Y así como el personaje anónimo de Pirandello se identifica con la persona de Enrique IV de Alemania, así nuestro hombre se identificó con el profesor Canella, un personaje en parte fijado, histórico, y en parte creado —aunque de acuerdo con datos objetivos y sentimientos también fijados, históricos— por una imaginación que a estas alturas podríamos llamar colectiva. Y bien se puede decir que, además del placer de la historia, sentía el hombre de Collegno el placer de ser honrado, por no salirnos del universo pirandelliano en el que todo el caso se desenvuelve: al igual que el Baldovino de la comedia así precisamente titulada, *El placer de ser honrado*, nuestro hombre había adoptado por completo la personalidad religiosa, moral e intelectual del profesor Canella, con cierta dificultad sólo en el orden intelectual. Cuando el *commendator* Colonnetti, procurador del rey, advierte al *commendator* Canella, primo y suegro del profesor, del embrollo en que se están metiendo («Ya verá cuando lo tengan en casa. No pasarán quince días sin que les traicione; cometerá alguna de sus fechorías o se largará con joyas y dinero»), hace muy bien el *commendator* Canella en asombrarse de lo necio que es el otro, pero sólo en función de la «forma» pirandelliana que el hombre ya había adoptado, no en función de la identidad Canella, de la que no podemos ni debemos dudar. En otras palabras, si los jueces no tuvieran que atenerse estrictamente a las leyes y pudieran juzgar teniendo también en cuenta lo mudable de nuestra vida y cuán fácilmente la aprisionan las «formas» y se hacen realidad las ficciones, habrían podido adjudicar al desmemoriado de Collegno la identidad del profesor Canella, lo mismo que habrían podido devolver a la sociedad a un Chessman escritor en lugar de mandar a la silla eléctrica a un Chessman delincuente.

Pero los jueces del tribunal de apelación de Florencia no podían juzgar más que con la ley, y además debían hacerlo según criterios jurídicos muy sutiles, esto es, según se hubieran observado o no las normas procedimentales en los juicios anteriores. El tribunal de casación había dictaminado que no, y por eso pedía la revisión del juicio al tribunal de apelación de Florencia. Era, pues, un debate puramente formal, y que sólo en segundo lugar y de manera superficial entraba en el contenido, en los hechos.

Por la parte Canella, los abogados eran Francesco Carnelutti, Alberto Luchini, Roberto Farinacci, Filippo del Giudice y Giovanna Pratilli; por la parte Bruneri, Federico Cammeo, Filippo Ungari y Benedetto Ferretti. El material probatorio era ya ingente: ciento cuarenta y dos testimonios, catorce peritaciones... Sin embargo, la vista duró del 10 al 16 de marzo, y un mes y medio después, el 1 de mayo, a las nueve de la mañana —la hora la señalaron los cronistas, lo que nos da idea de la expectación imperante—, la sentencia era depositada en la secretaría del tribunal:

Los excelentísimos representantes de las partes y el ministerio público, en sus respectivas conclusiones, entendiendo en el recurso de apelación ordenado por el tribunal de casación e interpuesto por la persona física del interno con número de expediente 44.170 del manicomio de Collegno contra la sentencia dictada en primera instancia el 22 de octubre-5 de noviembre de 1928 por el tribunal civil de Turín;

»deniegan cualquier nueva excepción, trámite o declinatoria, incluida la de la admisión de medidas de instrucción;

»revocan la apelación antedicha y declaran, en total conformidad con la sentencia recurrida:

»que la persona física internada el 10 de marzo de 1926 en el manicomio de Collegno con el número de expediente 44.170 es MARIO MARTINO BRUNERI, hijo del difunto Carlo Bruneri;

»y asimismo declaran que a dicha persona corresponde el estado civil de que dan fe la partida de nacimiento y el certificado de matrimonio que constan en autos a nombre de Mario Martino Bruneri, hijo del difunto Carlo Bruneri;

otrosí condenan al apelante al pago de todos los gastos procesales ocasionados a la parte demandante, Rosa Negro Bruneri y Felice Bruneri, en todos los grados jurisdiccionales, ya sea la audiencia de Turín, ya sea el tribunal de casación del Reino, ya sea, por último, el tribunal de apelación que entienda del recurso de revisión.

Era el 1 de mayo de 1931. Habían transcurrido más de cuatro años, y seis meses más habían de pasar (la señora Canella tuvo entretanto otro hijo) hasta que el tribunal de casación dictó sentencia firme el 17 de diciembre de 1931, ratificando de nuevo la identidad Bruneri.

El fiscal general, senador Silvio Longhi, había empezado diciendo:

Nos hallamos ante una causa de naturaleza excepcional. Observan a este tribunal no sólo las partes interesadas, sino también un gran número de personas, divididas en dos bandos (se olvidaba desde luego de un tercer bando: el de quienes querían que se juzgara haciendo excepción a la ley o prescindiendo de ella). Hay también agnósticos, e incluso quienes creen que el desconocido es una tercera persona, síntesis de las otras dos. Llevan años elucubrando sobre este caso, y todos esperan que un supremo veredicto los dispense al fin de discurrir por sí mismos. Esperan con confianza, aunque no mucha; esperan con el deseo de no volver a oír hablar del asunto, de no tener que pensar más.

Y concluía:

La sentencia del tribunal de Florencia, precisa, categórica, matemática, es jurídicamente intachable y no podemos menos de acatarla como tal, dando por resuelto el enigma: «El interno de Collegno era, es y será Mario Martino Bruneri».

Y digo «será», señorías, porque estoy convencido de que, accediendo a mi petición, denegarán el recurso y hoy mismo, con su fallo, escribirán sobre las páginas de este caso que ya se ha prolongado demasiado la palabra «fin».

Así fue. Sin embargo, el «veredicto» realmente «supremo» ya lo había pronunciado alguien el año anterior: Luigi Pirandello.

No obstante, la lucha no había terminado, no podía terminar para los Canella y los «canellianos». La prosiguieron los primeros desde Brasil, los segundos desde Verona. Al frente de éstos, y tan irreductible como la señora Canella, estaba aquel Giuseppe Parisi que, oficial del cuerpo de ingenieros, con gran ingenio había logrado convencer a los abogados de Canella de que admitieran por hipótesis de trabajo y por elemento acusatorio contra la policía y la magistratura aquella ocurrencia suya de que en la comisaría de Turín habían sustituido a Bruneri por el vagabundo (aunque nunca explicó con qué objeto).

Católicos como eran los Canella, como era Parisi, como eran sus amigos —y además de una de las regiones más católicas de Italia, en que el catolicismo vuelve legamosamente católicas hasta las heterodoxias y rebeldías anticatólicas—, no podían tolerar un matrimonio no consagrado, no sancionado por la ley del Estado o, lo que es lo mismo, por la ley de Dios. Y estaban los hijos, que agravaban aún más la omisión del sacramento.

Los Canella, decíamos, prosiguieron su lucha desde Brasil, país al que el padre de la señora Canella había emigrado en 1891 y donde se había creado una posición holgada y respetable. Y aquí surge para nosotros un problema, menor pero capital en la economía pirandelliana del caso: ¿cómo pudo llegar a Brasil un hombre que seguía siendo sólo el interno número 44.170 del manicomio de Collegno, un hombre sin identidad y por tanto sin pasaporte? No podía solicitar un pasaporte a nombre de Bruneri sin aceptar de manera implícita esa identidad, pasaporte que por otra parte tampoco le habrían concedido, ya sólo por los llamados «cargos pendientes» (expresión que evoca menos un expediente judicial que un árbol cargado de fruta, de fruta amarguísima, eso sí); y pretender un pasaporte a nombre de Giulio Canella, nombre con el que llegó y fue recibido en Brasil, era como soñar despierto. Y muy improbable es, por último, que emigrara de manera clandestina, pues esto era entonces muy difícil, mucho más para una persona de

la que toda Italia, no digamos la policía, estaba pendiente. No cabe más explicación que la de que alguna autoridad, por corrupción o por solidaridad, por dinero o por convicción de causa justa, se hiciera cómplice y cerrara los ojos. Pero tanto si para el largo viaje adoptó una identidad distinta de las dos en litigio, como si viajó sin ninguna, siendo un «nadie», lo que sí podemos imaginar es que aquellos días, pese a los riesgos que corría, debieron de ser un oasis de paz para el hombre de Collegno, un oasis en el que olvidarse de aquella dualidad Bruneri-Canella que hacía años lo escindía.

Que desde Río de Janeiro y desde Verona se reclamara más de una vez la revisión del juicio es cosa indudable; sin embargo, a partir de cierto momento se perdió la esperanza, y fue quizá cuando el embajador de Italia, Cantalupo, instó a la redacción de *Fanfulla*, periódico italiano que se publicaba en Río, para que suspendiera la publicación de artículos firmados «Giulio Canella». Quedó entonces claro que al gobierno italiano le importaba hacer acatar y aplicar, dondequiera que tuviera jurisdicción, la sentencia del tribunal de casación. Y con la esperanza se perdió también toda cautela, toda prudencia, y se pasó al ataque directo, denunciando lo injusto de la sentencia y la persecución a la que era sometido el profesor Canella. El único que se libraba de las diatribas era el Duce, por suponerlo poco informado y aun desconocedor de aquel error de la justicia italiana, no de otro modo la mayoría de los italianos lo consideraban ignorante, e inocente por tanto, de cuantos atropellos, desmanes y abusos se cometían en Italia.

Revistas jurídicas y periódicos brasileños se ocuparon profusamente del caso, lamentando la injusticia sufrida por el profesor Canella. Lo mismo hicieron varias revistas de medicina legal. Los profesores Luiz Reyna Almandos y Luiz Silva criticaron con aspereza a los peritos oficiales de los tribunales italianos, el primero por obviar las huellas dactilares, el segundo reprochándoles no haber seguido el más seguro método de la *investigação de*

paternidade, y de identidad, por tanto, el cual consistía en el examen comparativo de la boca, los dientes, el rostro y el cráneo de hijos y padre. Aplicado a los dos primeros vástagos de la señora Canella («incontestablemente hijos del profesor Canella», dice el *commendator* Francesco) y luego al *desconhecido*, el nuevo sistema probaba que, al igual que los nacidos durante el proceso, también aquéllos eran hijos del *desconhecido*; luego siendo éste el padre de todos los hijos de la señora Canella, ninguna duda cabía acerca de su identidad: era el profesor Giulio Canella, en carne y —sobre todo— hueso.

A todo esto el profesor Giulio había aprendido portugués, al punto de escribirlo correctamente, y colaboraba en la prensa brasileña con artículos que eran muy apreciados por su erudición y profundidad. Su primo y suegro estaba tan admirado de ello, y lo consideraba tan fehaciente prueba de identidad, que en un momento dado (en una *Carta abierta al señor Ugo Sorrentino, de la Escuela de Policía Científica*) se deslengua con un «¡menos huellas dactilares!», añadiendo que muy precaria le parece la justicia que a ellas se confía. Y sí, podríamos estar de acuerdo; pero los escritos del hombre de Collegno también prueban que se trataba de Bruneri. Y la prueba más cierta de ello es precisamente esa erudición, esa profundidad, o mejor dicho, cierta clase de erudición, cierta clase de profundidad.

Cuando en 1928 dictó su sentencia el tribunal de Turín, un periodista escribió que bastaba con leer algo del desmemoriado para advertir hasta qué punto era su cultura superficial, deficiente y «parenoniana». Esta última palabra intrigó sobremanera al desmemoriado, que no logró encontrarla, dice, «ni en la enciclopedia». No, ahí no la encontraría ni aunque la buscara sin errata. La habría encontrado, o al menos comprendido su origen, en cierto almanaque que publicó por aquellos años la revista // *Selvaggio* de Mino Maccari, en el cual aparecía un dibujo de Paneroni; un dibujo astronómico, naturalmente, pues Paneroni era

entonces conocidísimo en Roma por haber dicho: «¡Burros de astrónomos! ¡La Tierra no gira!», y escribirlo hasta en las paredes. *Paneroniana*, pues, era la cultura del desmemoriado: calificativo que bien podemos suscribir. Una cultura, entiéndase, que se funda en la cantidad y aspira a crear un sistema físico, planetario y filosófico, aunque con un género de filosofía hecho sólo de proposiciones y máximas que podríamos llamar schopenhauerianas... si tuvieran el alcance de las de Schopenhauer. Afán de invención, en definitiva, que en la mayoría de los casos se resuelve y agota sin salir de la física (su lema es el movimiento perpetuo), pero que a veces trasciende a la filosofía, la literatura, la pintura, y quizás hoy está cosechando algún éxito.

Con una visión amarga de la vida y desesperada de la justicia italiana, el profesor Giulio Canella publica en 1935 un *resumo histórico* de su caso: *Depois de oito annos de lucta*. En la colonia italiana de Río, el escrito acaba de disipar las dudas acerca de la injusticia de que es víctima el profesor, y que juristas y científicos brasileños habían debatido y demostrado con anterioridad. El profesor era el profesor: sereno, solemne, ponderoso. Y sus memorias estaban tan repletas de hechos que se dirían una fruta a punto de reventar.

Tres años después, como réplica a lo dicho por el doctor Sorrentino sobre la prueba dactiloscópica en el caso Bruneri-Canella en un curso para magistrados, el suegro y primo del desmemoriado publicaba en italiano una furibunda carta abierta; ya nos hemos referido a ella, pero merece la pena recordar la cita (del *Falstaff* de Boito) con que la encabezaba:

Todo en el mundo es farsa,
farsante nato es el hombre,
en el corazón la fe flaquea,
y flaquea la razón.
¡Burlados todos! Del prójimo

se ríe todo mortal,
mas mejor se ha de reír
quien el último se ría.

Y si en Río de Janeiro seguían velando por la justicia, tampoco en Verona se dormían. Cierto es que con los años, las dudas, los repetidos y vanos intentos por reabrir el caso, el número de «canellianos» había disminuido considerablemente; mas al frente de ellos, con iniciativa y mucha indignación, permanecía Giuseppe Parisi. Era entonces teniente; cuando treinta años después, siendo ya coronel, lo conoce el periodista Sandro Doglio, no lo indignan menos la injusticia, las pruebas inútilmente acumuladas en esos treinta años, el padre Gemelli, el clero, los Bruneri. Así como Luis XIV decía: «El Estado soy yo», así a esas alturas puede él proclamar: «El caso Bruneri-Canella soy yo». Aunque no lo hace, persuadido como está de que también el pueblo italiano siga en la incertidumbre, dividido, esperando con ansia que al fin se haga justicia. El hecho de que la persona a la que él creía, más allá de toda duda, fanáticamente, Giulio Canella, y a la que la justicia colgó la falsa identidad de Mario Bruneri, muriera en Brasil llevándose a la tumba ambas identidades, no lo preocupa en absoluto. Esto es, no lo preocupa y ni siquiera se plantea la siguiente pregunta: ¿dónde está el *verdadero* Mario Bruneri? Pero pregunta tan sencilla, y de tan concluyente respuesta, no fue él el único que evitó plantearse la. Deberíamos planteárnosla nosotros, ahora que ha pasado más de medio siglo y el tipógrafo, de seguir vivo, tendría más de cien años: ¿dónde está Mario Bruneri? ¿Sigue ocultándose por ahí, ágil centenario, o murió en la oscuridad y el anonimato?

Aunque quizá también el coronel Parisi se lo preguntó, y lleva implícita la respuesta esta afirmación suya: «¿Sabe que Bruneri era agente de la OVRA?». No lo sabe el periodista Sandro Doglio, ni lo sabemos nosotros ni lo sabe nadie que carezca del fervor y la imaginación del coronel. La OVRA (Organización para la Vigilancia y

Represión del Antifascismo) nació en 1928, cuando el caso Bruneri-Canella daba que hablar en toda Italia: que la policía, sustituyéndolo por el vagabundo desmemoriado, hubiera ocultado a Bruneri para servirse de él en el espionaje político que iba a institucionalizarse, es puro cuento. Pero de algún modo debía explicarse el coronel Parisi la razón de que la policía favoreciera a Bruneri hasta el punto de ocultarlo, falsificar pruebas, hacerlo pasar por un pobre desmemoriado y arremeter contra éste en cuanto vio que recuperaba la memoria; y se lo explicó cuando el fascismo había llegado a su fin. Sin embargo, tampoco fue el régimen el único artífice de la máquina infernal que hizo trizas la identidad del profesor Canella; responsable fue también, ni que decir tiene, el clero. Aunque no todo el clero, ha de distinguir el coronel, ferviente católico como es, sino sólo el mal clero, a saber: don Cane, sacerdote turinés que, según él, que lo supo por un obispo, fue el primero en sugerir que el desmemoriado era Bruneri; don Re, el sacerdote milanés que declaró reconocer en aquél y en la señora Ghidini a la pareja a la que prestó ayuda, y por último, y el peor de todos, el padre Agostino Gemelli. «La hostilidad que ciertos sacerdotes sentían contra Canella nació antes de la gran guerra, cuando el padre Gemelli y Giulio dirigían la *Rivista di Filosofia Neo-scolastica*: disputaron por cuestión de principios, y Canella escribió una carta a un diario acusando a Gemelli de entrometido. Desde entonces éste se la tuvo jurada. Él fue uno de los que negaron reconocerlo.» No parece sino que lo hubiera esperado a las puertas del manicomio de Collegno para vengarse.

Eso sí, todo está perfectamente hilvanado, todo resulta lógico y conforme a la tesis del complot, en ese «teatro de la memoria» que el coronel Parisi se construyó y que, con el tiempo, ha acabado siendo un laberinto del que no consigue salir. Ha escrito un libro de 365 páginas, pero ni aun así puede salir, ni aun así acierta a

desovillar la maraña de la verdad sin que el hilo se le rompa o enrede. Prepara una segunda edición y enseña las pruebas de imprenta a Sandro Doglio: «llenas de notas, añadidos, correcciones». No se da cuenta de que cuantos más elementos agregue al caso —nuevos o exhumados y recompuestos—, más confuso resulta todo y más redundante en beneficio de *la otra* verdad. Por ejemplo, la carta que escribió Felice Bruneri, el hermano de Mario, a la señora Canella el 19 de enero de 1954:

Y ahora le confesaré que hay productores de cine italianos y americanos interesados en hacer una película. Para ello se requiere nuestro consentimiento, pero a ambos nos reportaría grandes beneficios. Como falta quien ya no está, yo escribiría la historia y luego la sometería a su aprobación y a la de los abogados. Lo haría para enaltecerla a usted, a sus hijos. Sobre nosotros diría poco, y sólo con miras a honrar la memoria de quien ya no existe. Total, no sería más que una película; la verdad nos la guardamos nosotros y hacemos una bella historia... Yo me comprometo a abandonar toda oposición y estoy dispuesto a ponerlo por escrito. Así todo acabará pronto y bien, porque sé que soy la única persona que puede apoyarla de verdad. Y sus hijos podrán ir con la frente bien alta.

Reparemos, lo primero, en esa curiosa tautología: «como falta quien ya no está». ¿Es que habría podido no faltar, si ya no estaba? Aunque ahí está todo el asunto: no estando ya, el profesor Canella no faltaba, y estando, el que faltaba era Bruneri. Con todo, lo único claro en la carta es lo siguiente: que para hacer dinero, Felice Bruneri estaba dispuesto a escribir una «bella» historia que eclipsase la «verdadera», la cual, empero, no dejaba de ser «verdadera» para la señora Canella y para él. Pero además de la codicia, obraban quizás en su ánimo confusos sentimientos de piedad familiar, escrúpulos de conciencia por aquel despiadado e inútil pleito en torno a la identidad de un hombre al que los Canella ofrecían la posibilidad de librarse de la cárcel y tener una situación segura y acomodada, y al que, en cambio, con los Bruneri, no esperaba sino la cárcel primero y una vida incierta y penosa

después. La señora Rosa Negro actuó como una esposa, con el resentimiento propio de una mujer despechada y abandonada. Pero él, Felice Bruneri, actuaba como un hermano, como actúan los hermanos en una familia italiana... ¿en la sociedad italiana? Y además estaban los hijos nacidos de aquella unión que la ley no había legitimado ni el sacramento bendecido, y que eran sobrinos suyos.

Pero para la señora Canella la historia era ya «bella», y lo era en la medida en que era «verdadera». No hacía falta ninguna película que consagrara su belleza separada de su verdad. Por otra parte, ya se habían hecho dos —o pronto iba a rodarse la segunda— inspiradas en el caso y ambas tituladas *El desmemoriado*, interpretada la primera por Angelo Musco, la otra por Totò; dos películas que trataban en clave de mimesis cómica, de memoria cómica, un caso que por su parte nació por mimesis y memoria pirandelliana, que tuvo una perfecta circularidad pirandelliana: de un pirandellismo congénito al *Como tú me quieres* de Pirandello.

Pero aún lo volvía más grotesco, más ambiguo, más *así es (si así os parece)*, el artículo que dedicaba a Giulio Canella el *Diccionario biográfico de los italianos* publicado por el Instituto de la Enciclopedia Italiana:

Canella, Giulio. Nace en Padua el 2 de diciembre de 1882, hijo de Giuseppe, profesor de dibujo de la Escuela Industrial de Padua, y de Amalia Trivellato. Tras pasar el bachillerato en 1900, se matricula en la facultad de filosofía y letras de la universidad de Padua, por la que el 1 de julio de 1904 se doctora en filosofía con una tesis sobre el nominalismo y Guillermo de Ockham, obra que le valió los elogios de R. Ardigò y en la que se proponía situar el pensamiento de Ockham dentro del dogmatismo escolástico, en concreto del tomismo. Del 15 de octubre de 1904 al 15 de enero de 1905 imparte clases de filosofía y letras en el colegio episcopal de Thiene. Cumple el servicio militar de enero de 1905 a agosto de 1906. En octubre de ese año empieza su actividad docente en la escuela normal A. Manzoni de Verona, primero en calidad de profesor suplente de letras y luego como catedrático de

pedagogía y moral. El 27 de junio de 1907 se doctora por segunda vez, en letras, con la tesis *Apuntes para una monografía sobre la obra de R. Bonghi*.

Colaborador de diversas revistas, entre ellas *La Scuola Cattolica* y *Rivista di Apología*, en enero de 1909 fundó con A. Gemelli la *Rivista di Filosofia Neoscolastica*, en cuyo primer número aparecieron dos artículos suyos, uno de presentación y otro titulado «Los elementos de hecho para la solución del problema criteriológico fundamental», artículo que constituía la ampliación y continuación de otro publicado poco antes en *La Scuola Cattolica* con el título «El punto de partida en el problema criteriológico»; en ambos escritos proponía la búsqueda de un criterio de verdad y objetividad en el conocimiento.

En 1913 Canella se casó con su jovencísima prima Giulia Canella. Al año siguiente fue elegido concejal de Verona por la minoría católica. El 8 de mayo de 1915 fue llamado a filas y, poco después, nombrado director de la escuela normal, abandonaba la milicia. En mayo de 1916, de nuevo movilizado, partió para Macedonia con la brigada Ivrea. Desapareció en combate en Monastir el 25 de noviembre de 1916 (era en realidad el 25 de diciembre).

La obra filosófica de Canella no presenta rasgos de gran originalidad. Resuelto partidario de un retorno al dogmatismo escolástico, única garantía, a su juicio, contra los peligros del escepticismo, en lo esencial repitió las tesis defendidas en su *Critériologie générale* por D. Mercier, el cardenal belga que en 1882 fundó, por expreso deseo de León XIII, la escuela de Lovaina con el objeto de rehabilitar la filosofía escolástica y armonizarla con el progreso científico.

La notoriedad de Canella está asimismo asociada a un singular suceso ocurrido diez años después de su desaparición. El 6 de febrero de 1927 *La Domenica del Corriere* publicaba la foto de un desconocido afectado de amnesia total que permanecía ingresado en el manicomio de Collegno. El 27 del mismo mes, la mujer de Canella, Giulia, que acudió a Turín para verlo en persona, declaró convencida que se trataba de su marido, y el 2 de marzo el desconocido era puesto en libertad. Sin embargo, el día 7 el presunto Canella debía comparecer de nuevo en Turín a raíz de una denuncia anónima y de la subsiguiente investigación, pues se sospechaba que pudiera tratarse de Mario Bruneri, tipógrafo, sobre el que pesaba una orden de busca y captura por dolo y estafa. Dio así inicio un célebre y largo proceso judicial. Con sentencia del 22 de octubre de 1928, el tribunal de Turín resolvió que aquel hombre, conocido en la prensa como «el desmemoriado de Collegno», debía ser identificado con Mario Bruneri. El 1 de mayo de 1931, el tribunal de apelación de Florencia dictaba auto definitivo confirmando la sentencia.

Sigue al artículo la bibliografía de Canella y sobre Canella, en la que reviste particular interés el informe pericial que el profesor Coppola redactó sobre el desmemoriado. Con justo título, por lo demás, ya que el *Diccionario* no habría incluido al profesor Canella sin ese «teatro de la memoria» que se inauguró en Collegno gracias a Mario Bruneri.

Nota

Es evidente, como habrán advertido los lectores que conozcan la obra de los tratadistas del «arte de la memoria» —Giulio Camillo, Giordano Bruno, Robert Fludd—, si no de manera directa, al menos por mediación de Frances A. Yates (cuyos estudios fundamentales sobre *Giordano Bruno y la tradición hermética* y *El arte de la memoria* se han traducido al italiano), que he empleado expresiones como «teatro de la memoria» y «memoria artificial» con cierta impropiedad. Sin embargo, fuera del dominio de los estudios, al que Yates ha hecho la más vasta e inteligente contribución (sin olvidar tampoco el *Clavis universales. Arti mnemoniche e logica combinatoria da Lullo a Leibniz* de Paolo Rossi), nos vemos en la misma situación que Jorge Luis Borges ha ideado de manera incomparable en su relato *Pierre Menard, autor del Quijote*, quiero decir, en la imposibilidad de hablar de la memoria sin tener en cuenta a Marcel Proust y, en otro sentido, a Luigi Pirandello.

Sin embargo, esta advertencia es tal vez ociosa. Ociosamente también quiero añadir que contar la historia del «desmemoriado de Collegno» ha sido para mí una pura diversión, un verdadero recreo, que me ha compensado de un trabajo nada divertido en el que llevo más de dos años enfrascado.



Leonardo Sciascia nació en 1921 en Racalmuto, Sicilia. Estudió magisterio en Caltanissetta y dedicó parte de su juventud a la enseñanza. Posteriormente empezó una brillante carrera periodística para convertirse más tarde en uno de los novelistas italianos más importantes de la posguerra. Murió en 1989 en Palermo, a la edad de 68 años. Su obra, así como su activismo político, estuvieron marcados por una decidida oposición a cualquier manifestación abusiva del poder, y en muchos de sus libros asoman personajes e historias reales.

Notas

[¹] Esta cita de Benda me venía una y otra vez a la memoria el verano pasado, mientras reconstruía la historia del *desmemoriado*. Sin embargo, la memoria de Benda se engañaba y, cómplice, se engañaba la mía. No es que Sainte-Beuve renunciara a Kant y a Spinoza por las memorias de Aspasia; es Mérimée quien dijo que por las memorias de Aspasia renunciaría a Tucídides. Lo que hace Sainte-Beuve es citar, para elogiarlas, las siguientes palabras de Mérimée: «De la historia no me gustan más que las anécdotas, y de éstas prefiero las que me parece que dan una imagen verídica de las costumbres y el carácter de una época. Este gusto no será muy noble, pero para mi vergüenza confieso que de buen grado daría a Tucídides por las auténticas memorias de Aspasia...».

Aprovecho las pruebas de imprenta para hacer constar el verdadero autor y el exacto contexto de la cita, que he recordado al releer por casualidad *Crónica del reinado de Carlos IX*, y doy cuenta del error de Benda (y mío) para aviso del lector: en este libro, dedicado precisamente a la memoria, abundan, quieras que no, los engaños de la memoria... quizá de la mía. (N. del A.) <<

[2] «La memoria artificial se apoya en lugares e imágenes», *Retórica a Herenio*, anónimo, siglo I a.C. (N. del T.) <<

[3] Cicerón, *Cartas a Ático*, libro XI. (N. del T.) <<

[4] Rocca delle Camiate era la residenza de campo de Mussolini. (*N. del T.*) <<